

“YO ERA EXTRANJERO...”

(La relación con el otro en los Evangelios)

Treviso, 26-28 enero 2001

Iniciamos nuestro encuentro de este año, que tiene como título “el extranjero”. Durante tres días iremos viendo lo que nos comunica la “buena noticia” acerca del extranjero, analizaremos la imagen de los extranjeros que aparecen en los evangelios. Dejemos constancia en seguida de un dato que sobresale en la lectura de los mismos: todas las figuras de extranjeros, excepto la persona de Pilatos, que representa la encarnación del poder, son positivas y portadoras de una amplia riqueza de significados. Bien, en nuestra exposición iremos desgranando en detalle los párrafos que hacen referencia a los mismos, así como su significado.

A medida que progreseemos en nuestro estudio, nos iremos percatando de la gran actualidad que reviste este tema para el momento de la historia que vivimos. Al escribir sus textos, los evangelistas no se proponen referir asépticamente una serie de hechos históricos, determinados acontecimientos de hace 2000 años. Nos transmiten, más bien, - y es por eso que estamos aquí - profundas verdades de fe que tienen que ver y afectan directamente a la vida de las comunidades cristianas de todas las épocas. Bien, uno de los temas destacados objeto del interés de los evangelistas, un hilo conductor de los evangelios, es precisamente la figura del extranjero. Anticipemos de entrada un hecho desconcertante que causa estupor: la lectura del evangelio nos revela que cuanto más lejos se sitúa la persona de la esfera sagrada de la religión, mayor capacidad adquiere para percibir la presencia de Dios cuando se manifiesta. Y por el contrario, cuanto más pías y devotas sean las personas, cuanto más inmersas vivan en el ámbito religioso, mayor dificultad encontrarán para percatarse de la presencia de Dios en el momento de su manifestación. Por esto, Jesús elogiará abiertamente a los extranjeros.

“Extranjero”, en el evangelio, no significa solamente “forastero”;

significa asimismo "pagano", o sea, indica al sujeto que adora a otras divinidades. Bien, los extranjeros, los paganos, aquellos individuos que la religión juzga como los más alejados, los más inaccesibles al amor de Dios, son, paradójicamente, los primeros que reconocen y acogen a Dios cada vez que se manifiesta. Las personas que viven en la esfera de lo sagrado, de lo "demasiado sagrado", no son capaces de acoger a Dios. Su familiaridad con la santidad, con lo sagrado, ciega sus ojos y, cada vez que Dios se manifiesta, no llegan a percatarse de ello. Este es uno de los hilos conductores de los evangelios. El extranjero, el pagano, es la persona que sabe percibir los signos de la presencia de Dios antes que nadie.

Pero, ¿qué es lo que se entiende por extranjero? Veamos el alcance de este concepto, primero en el mundo antiguo y, después, en la época de Jesús. En el mundo antiguo, en el mundo primitivo, el asesinato era el modo más sencillo de librarse de los extranjeros. Cazar al extranjero como si fuera una bestia salvaje es una costumbre muy antigua, de hecho, no es la invención de algún personaje de nuestros días. Los extranjeros se convertían en objeto de caza. Después, a medida que la sociedad iba progresando, empezaban a surgir algunos intentos de acogida.

Ahora bien, podemos preguntarnos por qué el extranjero, desde siempre, infunde miedo y crea desconcierto. La respuesta es que el "extranjero" es el individuo diferente por excelencia, y toda persona que es distinta, toda persona que no encaja en lo que nosotros consideramos como la norma - nuestra norma -, crea alarma, produce pánico. El término "bárbaro", que significa "extranjero" en la lengua griega, es un vocablo derivado de la palabra "barbar" que literalmente quiere decir "balbuciente". El extranjero habla una lengua ininteligible, una lengua que, no siendo la nuestra, es tanto como una no-lengua; su lengua es un balbuceo. Y se da por descontado que la nuestra sea la lengua ideal; él vive según unas modalidades que no son las nuestras, tiene costumbres que no son las nuestras, y se da por descontado que nuestras costumbres sean las ideales, tiene hasta un modo de vestir que no se corresponde con el nuestro, mientras damos por descontado que el nuestro sea el modo de vestir ideal y la norma para todo. En una palabra, el extranjero pone en crisis nuestras certezas.

Por consiguiente, queda claro que bajo la figura del extranjero no consideramos aquí solo a las personas provenientes de otros países. El término incluye a todos aquellos que viven su condición de ser "extranjeros". Para entendernos, pensemos en el ejemplo de los padres. No es raro que en su relación con los hijos, los progenitores experimenten a menudo esta realidad de desencuentro y falta de sintonía. Los hijos, en efecto, hablan habitualmente un lenguaje distinto al de los padres, visten de un modo que les horroriza, payasos los consideran, y esto sucede de generación en generación... ¡Figuraos que existen textos de hace 2000 años en los que los padres se lamentan del modo de vestir de los hijos! Los hijos, por fortuna, tienen un modo de vivir que no coincide con el de los padres, y de ahí todas las tensiones que se generan. En una palabra, bajo el concepto de extranjero incluimos a todas las personas que de un modo u otro son distintas. Distintas por su nacionalidad, por su religión, por su conducta moral, por su orientación sexual. Con la figura del extranjero no nos ceñimos en exclusiva a la persona de otra nacionalidad. Pensamos en todos aquellos que por su diversidad, ponen en crisis nuestras certezas, porque nosotros tenemos la certeza de que nuestro modo de vivir, nuestro modo de ser es el correcto y son los otros los que deben adaptarse. Son los otros los que deben esforzarse por adoptar nuestro estilo de vida...

¿Quién es el extranjero en los evangelios? Recordemos que Jesús nace en una cultura eminentemente racista. Israel, debido, en realidad, a un malentendido histórico, y por el hecho de haber sido liberado por Dios de la esclavitud de Egipto, llegó a pensar que constituía un pueblo elegido, una raza llamada a dominar sobre todas las demás naciones, sobre el resto de los pueblos paganos. Aunque el mismo Dios, por medio de los profetas, intentará corregir este tipo de mentalidad, Israel era bien consciente de la finalidad de su existir como pueblo, que no era otra sino instaurar el reino de Israel, un reino llamado a someter, dominar y subyugar todos los otros pueblos paganos incluso a base de instrumentos violentos. Así pues, Jesús nace en el contexto de una cultura eminentemente racista, una cultura en la cual todo hebreo varón debía recitar tres veces al día la siguiente oración: "Te doy gracias, Señor, por no haberme creado pagano (o sea, extranjero), por no haberme hecho mujer (las pobres mujeres agradecían a Dios por haberlas

creado según su voluntad, y por no haberme hecho estúpido”. Tres veces al día, el judío varón se alegra y da gracias por no haber nacido extranjero. Los paganos representan para ellos la escoria de la sociedad, gente infame que Dios debe destruir. Sabemos que en el orden jurídico hebreo existía la distinción entre homicidio y “malicidio”. Eliminar a un pagano no era considerado homicidio, o sea, quitarle la vida a alguien, era solo un malicidio, es decir, acabar con un mal. Quitar de en medio a un pagano no suponía delito, porque era un ser sin esperanza de futuro, un ser cuyos hábitos resultaban, además, nocivos.

Estos días oiréis hablar con frecuencia del Talmud, el libro sagrado de los hebreos, para quienes el Talmud posee una importancia similar a la Biblia. En el mismo se puede leer: “Mata al mejor de los paganos y habrás acabado con la serpiente más asquerosa”. Así pues, el pagano ha de ser dominado y eliminado. Si leemos las últimas partes del libro del profeta Isaías (que en realidad, no son suyas, sino de otros autores que han tomado prestado su nombre), encontramos un grado notable de fanatismo nacionalista. El escritor imagina el reino de Dios con algunos rasgos peculiares: “Cuando vendrá el Mesías, dominará sobre todas las otras naciones. Los príncipes extranjeros serán nuestros jardineros, las princesas serán nuestras siervas. Veo hileras de dromedarios cargados de oro y plata que llevan sus tributos a Jerusalén”, decía este individuo en sus alucinaciones. Jerusalén se haría cargo de todas las riquezas del universo, y los pueblos le estarían sometidos.

Bien, Jesús, aun viviendo dentro de esta mentalidad como hijo de la misma, se distancia de ella de forma radical. El título de esta conferencia es “Yo era extranjero”, y podríamos añadir “y ni siquiera católico...”, una buena provocación de Jesús para nosotros. Como sabéis, en el capítulo 25 de Mateo, Jesús se identifica con los marginados de la sociedad, y esto suscita escándalo. Dice “era pobre, estaba desnudo, tenía hambre”, y llega incluso a afirmar “estaba en la cárcel”. Así pues, Jesús no tiene reparos en identificarse con un delincuente, lo que no deja de suscitar gran estupor, pero incluso a esto se le puede encontrar una justificación: “bien, será delincuente..., pero ¡es de nuestra raza!”. Ahora bien, que Jesús llegue hasta el punto de decir “era extranjero y me acogisteis” ya es demasiado, esto no se puede aceptar

de ningún modo. Resulta incomprensible que Jesús se identifique con un pagano, o sea, una persona sin Dios, o bien, personas que adoran a numerosas divinidades... Pues bien, esta es la mayor provocación de Jesús: llega a identificarse incluso con el extranjero.

Comencemos, entonces, a examinar la presencia de los extranjeros desde las primeras páginas del evangelio. Ya de entrada el desconcierto que nos asalta es grande. Los primeros extranjeros-paganos, personas todas ellas privadas de la salvación y ajenas a la redención, los hallamos precisamente en el mismo inicio del evangelio, en la genealogía. El primer evangelista, Mateo, parece querer gastarnos una broma. Pero si nosotros fuésemos hebreos píos, esta pesada broma nos pondría los pelos de punta. Es preciso que tengáis en cuenta un dato importante: en las genealogías de la época, las mujeres no cuentan absolutamente nada. Y esto es así porque en el mundo hebreo no existe el término “padres”, “progenitores”. Existe solo el padre, que es quien genera, y la madre, que alumbró la nueva vida. Las mujeres son consideradas casi como simples incubadoras que acogen el semen del hombre y lo protegen hasta el nacimiento de la nueva vida. En esa cultura, la mujer no transmite nada suyo propio al hijo, solo el padre engendra. Es por ello que no se las cita en las genealogías, referidas únicamente a los varones. El evangelio de Mateo empieza así: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, etc. Es siempre la generación del padre en el hijo. Pero Mateo, de forma desconcertante, inserta también a diferentes mujeres en la genealogía de los antepasados de Jesús. Según el evangelista, Jesús desciende de una genealogía en la que se encuentran cuatro mujeres que no solo eran paganas, sino algo bastante más grave: mujeres de dudosa reputación.

Veamos quiénes son estas mujeres. La primera que aparece en la lista de los antepasados de Jesús es Tamar, un nombre que significa “palma”. Su historia se encuentra en el capítulo 38 del libro del Génesis, y es una historia especial, digamos bastante escabrosa. Mateo no pretende presentarnos con ella una reconstrucción histórica, su propósito es, antes bien, transmitir verdades de fe. Entre las santas mujeres de Israel, Mateo habría podido elegir a Sara, Rebeca, Susana, etc. Sin embargo, de manera sorprendente, escoge

precisamente a las que nosotros consideraríamos las peores. La historia de Tamar es como sigue: Judas, uno de los antepasados de Jesús, busca una mujer para su hijo Er, y encuentra una cananea que le place. En aquél tiempo, los confines raciales entre Israel y los otros pueblos no estaban todavía demasiado delimitados. Israel había poblado la tierra de Canaán, y Judas, que estaba casado con una cananea, una pagana, elige otra cananea pagana como mujer de su hijo Er. Pero, escribe el autor, "Er se ganó el odio de Yahvé", aunque no aclara cuál fue el motivo. Y "Yahvé lo hizo morir", sin más. En aquella época existía la ley del levirato. El término "levirato" se deriva de "levir" una palabra latina que significa "cuñado". ¿En qué consistía dicha ley? Cuando a una mujer se le moría el marido sin dejarle descendencia, el cuñado tenía la obligación de fecundarla, y el hijo que naciera recibiría el nombre del difunto, de modo que la herencia del clan permaneciera dentro de la familia. El hermano de Er, cuñado de Tamar, se llamaba Onan. Escribe el autor: "pero Onan sabía que la prole no sería nunca considerada suya propia", lógicamente, porque el hijo portaría el nombre de su difunto hermano, y "cada vez que se unía a la mujer del hermano, dejaba caer el semen por tierra, para no darle descendencia al hermano". Eso que hacía Onan no resultó grato a los ojos de Dios, y Yahvé... lo hizo morir.

Quedaba todavía un hijo, Selah. Dos hijos ya habían perdido la vida a causa de esta mujer..., ¿no sería mejor mandarla a casa, por prudencia? Así le dice Judas: vuelve con tu familia. Pero el caso es que una mujer casada mandada de vuelta a casa era repudiada por su familia de origen; quedaba desprovista de todo, carecía por completo de perspectivas de vida..., a menos que se dedicara a la prostitución. Y Tamar decide dedicarse a la prostitución sagrada, y en un templo idolátrico, por si algo faltaba. Entretanto, Judas queda viudo y para consolarse del dolor, empieza a frecuentar el burdel. Tamar lo ve, y oculta su rostro para que no la reconozca. Judas, entonces, simula no conocerla y se une a ella. Tamar no exige ningún pago por el "servicio", pero le pide como recuerdo una pequeña baratija que Judas llevaba consigo. Judas se lo concede. Algunos meses después se descubre que Tamar está encinta y Judas, consciente del deshonor que caería sobre su familia, decide condenarla a muerte en la hoguera. Tamar, entonces, pone en claro que ha sido su suegro el causante del embarazo. De modo que el hijo

que vendrá es fruto de un incesto entre suegro y nuera... Bien, esta es la primera mujer que hallamos en los evangelios, en la genealogía de Jesús. ¡Hermosa familia la de Jesús!

Pero, en realidad, el evangelista nos está solo preparando para otras sorpresas posteriores. Este episodio de Mateo lo leemos en la liturgia los días antes de Navidad. El relato de la genealogía consiste en una lista de nombres que a nadie le dicen nada y que pasan, pues, desapercibidos. Pero si los lectores fueran judíos de la época, se les pondrían los pelos de punta. Después del sorbo amargo de Tamar, Mateo presenta ahora una mujer definitivamente descarriada, una prostituta a pleno título. Tamar lo había sido por necesidad, ésta, en cambio, lo es por oficio, tanto que su mismo nombre "Racab" significa "alargada", un término despreciativo que se les daba a las prostitutas. Racab era la propietaria de un burdel situado a las puertas de Jericó, junto a sus murallas. En el burdel se hospedaban dos espías enviados por Josué, y, a cambio de la promesa de salvar su vida, Racab permite a los enemigos explorar la ciudad, que más tarde será destruida. Naturalmente, como decía antes, el evangelista no tiene ninguna intención de proporcionar datos históricos precisos, su pretensión es solo teológica: quiere hacernos comprender que la vida divina pasa incluso a través de personas que nosotros descartamos. Si echáis un vistazo a la historia veréis que entre Racab y su hijo Booz existe un periodo de tiempo de por lo menos dos siglos. Es cierto que todo es posible para Dios, pero que una mujer dé a luz después de dos siglos parece un tanto difícil incluso para Dios...

La tercera mujer que encontramos es Rut. También ella es pagana, extranjera, pero no solo, Rut nace en realidad de una de las páginas más escabrosas de la Biblia. A Lot, hermano de Abraham, le habían quedado dos hijas por casar, pero no había ningún hombre alrededor, por lo que las hijas se aprovechan del estado ebrio del padre para buscar descendencia. De este incesto nacerá el pueblo de los Moabitas. Pues bien, Rut es una moabita, o sea, una mujer que tiene el sello infame de ser descendiente de un pueblo incestuoso. Rut queda viuda del legítimo marido, y comparte entonces el lecho con un rico propietario que simula no darse cuenta de nada. Rut queda embarazada y nace Obed, el tatarabuelo del rey David.

Llegamos así a la última mujer, que el evangelista ni siquiera nombra porque se trata de Betsabea, una mujer ambiciosa. Viendo que David ha progresado más en su carrera que el marido, se deja seducir por él para quedar así encinta, y juntos deciden quitar de en medio al marido. No era precisamente una mujer ejemplar. Pues bien, así es como comienza el evangelio, con cuatro mujeres extranjeras, paganas, mujeres que nosotros habríamos descartado sin dudar, y, sin embargo, son ellas las antepasadas de Jesús.

Por otra parte, Maria, su madre, es también protagonista de un matrimonio irregular. Sin embargo, puesto que en esta exposición estamos analizando a los personajes extranjeros, dejémosla a un lado y examinemos ahora a unos personajes que poseen un profundo sabor teológico para nosotros, pues son los primeros que se percatan del don de Dios para la humanidad. En el capítulo 2 de Mateo leemos: "*nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempos de rey Herodes, he aquí que llegaron...* ", y aquí nos encontramos con unos individuos que - debido a su procedencia y a su actividad - escandalizaron de tal forma a los primeros lectores que todos los detalles en torno a ellos fueron censurados, incluso su mismo nombre. Son los tres personajes que los "píos traductores" denominan "magos". En la época de Jesús, con el término griego "mago" se indicaba a los charlatanes, los embusteros, los farsantes. Los llamados "magos" eran los adivinos, personas que se dedicaban a la astrología, a las artes mágicas. Pero este tipo de arte está prohibida en la Biblia y condenada con la pena de muerte. Incluso en el primer catecismo cristiano, llamado Didajé, palabra griega que quiere decir enseñanza, la prohibición de ejercer la magia es colocada entre la prohibición del aborto y del suicidio. Esto indica que también los cristianos, pues, adoptaron esta prohibición.

Pues bien, los primeros que se aperciben del don que Dios hace a la humanidad, los primeros que descubren la presencia del Creador que se manifiesta a los hombres, son precisamente las personas consideradas más alejadas de la religión. Son paganos, extranjeros, pero todavía es mayor la paradoja, pues el evangelista dice que son personas dedicadas a una de las actividades que la Biblia prohíbe con la pena de

muerte. Ésta es, pues, la primera verdad que el evangelista presenta ante nuestros ojos: **cuanto más alejado se está del mundo de la religión, más fácil es captar la presencia de Dios cuando se manifiesta.** Vinieron a Jerusalén de oriente y occidente diciendo: "*¿dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella*". La mención a la estrella no representa un astro, sino una figura simbólica que se remonta al Antiguo Testamento, para expresar la manifestación divina. Y sigue el texto: "*hemos venido a adorarlo*". La reacción de Herodes ante estas palabras es del todo desconcertante: "*Oído esto, Herodes se asustó*". Bien, que se asuste el rey Herodes podemos más o menos comprenderlo, porque era un rey ilegítimo. Herodes no era hebreo, sino idumeo, procedía del sur de Israel, hoy diríamos que era árabe. No tenía sangre judía, y el libro del Deuteronomio prohíbe severamente acceder al trono sin tener sangre judía. Herodes era una persona dotada con grandes capacidades. A los 15 años ya era un hábil oficial, se alistó como mercenario en las tropas judías y, batalla a batalla, demostró su gran valor. Consiguió así introducirse en la corte de los Asmoneos, los reyes legítimos de Israel, conquistando a la hija del rey. Se casó con ella, eliminó a todos los parientes de su mujer, acabó también con ella y se proclamó rey de los judíos. Debido a este transcurso, vivía siempre atemorizado, sospechando de todos pues temía ser desposeído de un poder que ejercía de forma ilegítima. Llegó incluso a la depravación inaudita de matar a tres de sus hijos, el último de ellos, apenas cinco días antes de morir. Era un hombre de una crueldad implacable.

Podemos, pues, comprender hasta cierto punto la preocupación de Herodes ante la supuesta aparición de un nuevo rey. Pero lo que más desconcierta es que con él se sobresaltó toda Jerusalén, indica el evangelista. ¿Por qué se sobresalta Jerusalén?, la ciudad santa por excelencia, la ciudad en que está enclavado el templo de Dios, su casa, el lugar más santo de la tierra, la sede de las personas pías, de los sumos sacerdotes, el centro de la jerarquía religiosa del judaísmo. Pero Jerusalén ¿acaso no esperaba al Mesías? ¿no anhelaba la llegada del rey de Israel? Entonces, ¿a qué viene sobresaltarse cuando escucha la noticia de su nacimiento? El evangelista nos anticipa que Jerusalén se atemoriza al pensar en aquello que habrá de perder con el nacimiento del hombre-Dios, del Dios con nosotros. El caso es que

mientras que los sacerdotes, teólogos, escribas presentasen y vendiesen una imagen falsa de Dios, Jerusalén podía campar a sus anchas y gozar de su prestigio. Pero cuando se manifiesta el Dios verdadero, - recordemos que Jesús es llamado el Dios-con nosotros, o sea, la manifestación total y definitiva de Dios -, entonces la falsa divinidad es expulsada fuera del trono. El dios falso que era presentado y vendido como verdadero en el templo de Jerusalén es el que exigía ofrecimientos, diezmos, sacrificios. Jesús derriba sin contemplaciones esa imagen de Dios, y presenta en su lugar un Dios verdadero que, en vez de exigir, dona sin medida. Su Dios no pide nada a los hombres, no les sustrae nada. Es él quien se entrega en plenitud y sobre todo (y ésta es la causa del gran temor de Jerusalén) nos presenta a un Dios que está al servicio de los hombres, un Dios que no desea ser servido por los hombres en el culto. ¡Por eso existía el templo! Se requería una liturgia, había necesidad de sacerdotes, se precisaba una ley que describiera cómo servir a Dios. Pues bien, Jesús barre todo esto sin ninguna consideración.

Dios no pide ser servido por los hombres, es él quien ha venido a servirlos. Cambia así radicalmente el mundo. Y toda Jerusalén se atemoriza ante esta idea. Reunidos todos los sumos sacerdotes y los escribas del pueblo, Herodes se informa a través de ellos del lugar donde habría de nacer el Mesías. Le indican que, conforme a la Biblia, sería en Belén, pero..., no se molestan en moverse para nada, pese a conocer el enclave. El evangelista nos anuncia aquí que el conocimiento de la Biblia no representa una garantía para su comprensión. Conocían la Biblia sí, pero no la comprendían. Entonces Herodes llama a los magos aparte, indaga el momento en que había aparecido la estrella, los envía a Belén y ellos parten y *“la estrella que habían visto surgir iba delante de ellos”*. El evangelista, desde el inicio, presenta a Jerusalén rodeada de una luz siniestra. Paradójicamente, en Jerusalén no brilla la estrella, o sea, no tiene lugar la manifestación divina. La estrella deja de lucir antes de llegar a Jerusalén y reaparece solo después que los magos se alejan de ella. Jerusalén, la ciudad de la muerte, es la ciudad donde las señales divinas no son perceptibles. Es por esto que, según el evangelio de Mateo, Jesús resucitado no se aparece en Jerusalén. La vida no puede estar allí donde reside la muerte.

Pero al ver la estrella, los magos exultan de alegría. Toda Jerusalén se asusta por lo que va a perder, los magos se alegran. Entrando en la casa, vieron al niño con María y le ofrecieron sus dones. Es de gran importancia el significado de los dones que los magos ofrecen a Jesús: oro, incienso y mirra. Son tres dones importantísimos, dones que comportan un cambio radical de mentalidad, entonces igual que hoy. El oro es símbolo de realeza. Se le ofrecía, de hecho, al rey. Los magos, al ofrecerlo a Jesús, lo reconocen como rey, no solo rey de los judíos, sino también de los paganos. El evangelista anticipa aquí lo que será el hilo conductor del anuncio de Jesús, unas líneas maestras que precisamente sus discípulos, los más íntimos, tendrán dificultad en comprender. ¿Cuál es el hilo conductor que subyace a este ofrecimiento?: el evangelista quiere subrayar que no es cierto que Jesús haya venido a establecer el reino de Israel, su único propósito es el reino de Dios. Decíamos al inicio que Israel pensaba ser el pueblo elegido, el pueblo llamado a dominar. Pero ya mediante los profetas, Dios les había advertido. En el libro del profeta Amós, Dios mismo dice al pueblo: “Vosotros os consideráis el pueblo elegido porque os he librado de las manos de los egipcios, pero también he librado a los filisteos (los actuales palestinos, es decir, los enemigos por excelencia del pueblo de Israel) de su esclavitud”. Dios se pone siempre de parte de los oprimidos y los libera sin hacer distinciones.

Entonces, la incompreensión de este proyecto de Dios, había provocado que surgiera en el pueblo de Israel la idea del reino. Jesús, por el contrario, no viene a inaugurar el reino de Israel, sino el reino de Dios. Y le será difícil hacerlo comprender a sus interlocutores. En los Hechos de los Apóstoles, escribe el autor que Jesús les habló del reino durante 40 días, les instruyó, pues, por un largo periodo. Pues bien, concluido este periodo, el último día, los discípulos le interrogan: ¿pero cuándo vas a restablecer el reino de Israel? ¡Caramba!! Jesús ha resucitado, durante cuarenta días les ha instruido intensamente acerca del reino de Dios, y los discípulos... no han comprendido nada, porque tenían en mente solo el reino de Israel.

¿Qué diferencia hay entre reino de Dios y reino de Israel? El reino de Dios no conoce confines, ni barreras creadas por nacionalismos y patrias. Existe una tríada que representa los valores sagrados de la humanidad, las

columnas que no se pueden tocar sin que se desplome estrepitosamente la sociedad. Es la tríada de Dios, Patria y Familia. Son valores sacros, por los cuales se puede ofrecer la propia vida y es legítimo quitarla a los otros si atentan contra los mismos. Dios, patria y familia. Bien, Jesús declarará que estos presuntos valores que la sociedad venera, son, en realidad, valores satánicos, diabólicos, enemigos del proyecto de Dios. Comprendemos bien, entonces, por qué querían desprenderse de él. Así pues, no la patria, sino el reino de Dios. La patria como valor quiere significar que existen confines. Con Jesús, este concepto se viene abajo. **No existe la patria, existe el reino de Dios. Ya no hay más confines.** El amor de Dios no se detiene ante ningún tipo de límite. Dios no escoge una nación particular como pueblo elegido. El amor de Dios desea abarcar toda la humanidad. Por ello, quien lo acepta y se pone en su órbita, debe abatir los confines creados por naciones y razas. Razas y naciones crean división y rivalidad. Cada uno se considera mejor que los demás, en litigio con los pueblos contiguos: conflictos norte-sur, este-oeste, etc. Jesús enseña la necesidad de eliminar tal actitud. No existe ya el concepto de patria. El valor que procede de Dios no es la patria, sino el reino de Dios.

Retornando al tema de los dones que portan los magos, hemos visto que, ofreciendo el oro, estos personajes paganos reconocen en Jesús al rey del mundo. Jesús es un soberano cuyo reinado se extiende a toda la humanidad. El incienso, por su parte, era un elemento específico del servicio sacerdotal. Solo los sacerdotes podían ofrecerlo a Dios. Así pues, el hecho de que **los magos lleven incienso a Jesús significa que la prerrogativa que se atribuía Israel de ser un pueblo sacerdotal se extiende ahora a toda la humanidad.** El evangelista está haciendo una afirmación clamorosa. ¿Qué significaba el sacerdocio? En aquella época, la gente común no tenía un canal directo de comunicación con Dios. Necesitaban pasar a través de la mediación de los sacerdotes, los únicos que podían comunicarse directamente con Dios. Pues bien, el evangelista nos dice que con Jesús toda la humanidad - a través de él - tiene acceso a Dios. Ya no hay necesidad de atravesar la mediación sacerdotal, porque todos son sacerdotes. **No existe ya necesidad de una categoría particular que actúe como mediadora entre los hombres y Dios, porque toda criatura tiene una relación**

directa e inmediata con Dios (independientemente de la religión a la que pertenezca, de su conducta moral, etc). Por último, hemos de recordar que uno de los aspectos exclusivos del pueblo de Israel era considerarse la esposa de Dios. El profeta Oseas es el primero que define la relación entre Dios y el pueblo en términos esponsales, como un matrimonio. Ser la esposa de Dios era prerrogativa exclusiva de Israel. Bien, la mirra era el perfume con el cual la esposa se perfumaba en la noche de bodas. El hecho de que estos personajes paganos ofrezcan la mirra a Jesús, que es el esposo, significa que la exclusividad de Israel ha dado paso a una nueva era, en la que toda la humanidad se ha convertido en la esposa de Dios. ¿Qué significa esposa de Dios? Indica la plena comunión e intimidad de relaciones.

Como veis, estos dones de los magos poseen un valor y una riqueza enormes, más allá de la crónica histórica, pues transmiten verdades de fe siempre actuales y de gran alcance. He aquí la gran novedad: mediante la llegada de los magos, el rasgo propio de Israel de ser reino de Dios, pueblo sacerdotal y esposa de Dios se extiende ahora a toda la humanidad. El evangelista concluye con una expresión de gran amargura: *"avisados en sueño de no volver donde Herodes, retornaron a su país por otro camino"*. Esta expresión, "por otro camino" la encontramos en el Antiguo Testamento solo una vez, en el primer libro de los Reyes. Allí, la expresión indica un santuario que se había corrompido. Habiendo sido colocado en su interior el famoso becerro de oro, el santuario había dejado de ser la casa de Dios, para convertirse en sede del pecado. Entonces, para indicar la voluntad de abandonar este lugar se decía "pasar por otro camino". Para el evangelista Mateo, Jerusalén, la ciudad donde está el templo de Dios, su casa, es, en realidad, la casa del pecado y el templo se ha convertido en un lugar de idolatría, que es necesario abandonar a fin de descubrir a Jesús. Para descubrir a Jesús, la presencia de Dios en la humanidad, no hay que dirigirse al templo, sino caminar por los senderos del pueblo. Hay que evitar a las personas supuestamente "santas", que, en realidad, son opacas y están cerradas a su palabra, y hay que acercarse, más bien, a las personas alejadas de Dios. Los lugares que entrañan mayor peligro para Jesús son precisamente los espacios sagrados: sinagoga y templo. Y las personas más peligrosas serán las personas pías y religiosas. Por el contrario, los lugares más seguros

para él son las casas de los paganos, y las personas más disponibles para acogerlo serán la escoria de la sociedad: los pecadores y aquellos que viven al margen de la ley.

Primera parte

Continuemos nuestro itinerario en torno a los extranjeros de los evangelios. Os recuerdo que en la figura del extranjero se sintetizan y encierran todas las personas diferentes a nosotros, todos los marginados, todas las personas que carecen de protección, que en la Biblia son: el extranjero, el huérfano y la viuda. Decíamos ayer que nuestra presunción de ser la norma de comportamiento nos lleva a considerar “distintos” a todos aquellos que no se rigen de acuerdo con nuestro modo de pensar o de vivir, conforme a las reglas de nuestra moral o de nuestra religión, y, por este motivo, los miramos con recelo, temor, y quedan marginados de algún modo.

Ayer veíamos también que los extranjeros eran portadores de riqueza. Son, además, objeto de alabanza de parte de Jesús, mientras que aquellos que creían en las prerrogativas del pueblo de Israel, en sus condiciones exclusivas de preferencia, reciben, en cambio, el reproche de Jesús. Existe una parábola desconcertante que vierte luz sobre estas afirmaciones. La conocemos como la parábola del “buen samaritano”, y con ella Jesús modifica dos conceptos fundamentales de la religión: los conceptos del “creyente” y del “prójimo”. ¿Quién es el creyente en el hebraísmo? Es aquél que obedece a Dios observando sus leyes. Con Jesús - y anticipamos aquí lo que expondrá el evangelista - el creyente **no es ya quien obedece a Dios observando sus leyes, sino aquél que se asemeja al Padre a base de practicar un amor similar al suyo.** Y veremos los efectos nefastos de una religiosidad enfocada en torno a la obediencia a la ley de Dios. **La obediencia a la ley de Dios solo puede producir muerte.**

Tenemos el ejemplo negativo de Zacarías e Isabel. Ambos son obedientes, observantes, pero son incapaces de comunicar vida. En el

lenguaje de Jesús, no hay espacio para la obediencia. El verbo “obedecer” aparece cinco veces en total en los evangelios, y siempre se refiere a elementos hostiles al hombre: elementos de la naturaleza, como el mar, la tempestad, o bien, a otras cosas. **Jesús nunca pide obedecer a Dios, nunca invita a sus discípulos a que le rindan obediencia, ni - mucho menos - los autoriza a exigir obediencia de otras personas.** Por todo ello, podemos deducir que el concepto de obediencia es ajeno al lenguaje evangélico. Los evangelios subrayan la idea de parecerse al Padre, ser semejantes a él. El cristiano, el creyente en Jesús, no obedece a nadie, ni siquiera al eterno Padre, porque éste no demanda obediencia, exhorta solo a asemejarse a él.

El otro concepto que Jesús cambia con esta parábola reviste también gran importancia, es el concepto del “prójimo”. En el hebraísmo, el prójimo era objeto de amor con el fin de obtener recompensa de parte de Dios. Si entendemos adecuadamente este episodio del evangelio, veremos cómo se transforma de modo radical nuestra existencia.

Resulta indispensable colocar en su contexto adecuado los diferentes episodios evangélicos. Si el episodio queda de algún modo aislado de su contexto inmediato, lo que lo precede y lo que sigue a continuación, corremos el riesgo de perder la visión de conjunto, que es precisamente lo que caracteriza al evangelio. Veamos, pues, dónde se encuadra esta parábola. Jesús había enviado a los Doce. ¿Quién son estos Doce? En la Biblia y en los evangelios, los números no han de ser entendidos desde claves matemáticas, aritméticas, tienen siempre un sentido figurado. También en nuestras lenguas los números tienen un contenido simbólico, ya que representan algo: “hace una hora que te estoy esperando”, “te lo he dicho mil veces”, el vaso se rompe en “mil pedazos”. “Mil” significa aquí destrucción total, algo que no se puede recomponer. Cuando se habla de doce discípulos o apóstoles de Jesús, no se trata de doce personas cuyo rastro podamos seguir a través de la investigación histórica. Con “doce” se entiende a los israelitas que han reconocido en Jesús al Mesías y lo han seguido. Se usa el número 12 porque es simbólico: representa las tribus de Israel. No es posible saber a ciencia cierta cuántas tribus había en Israel. Los estudiosos oscilan entre 11 y 13, y

se establece el número intermedio, el 12. Y se decidieron por 12, porque este número - al igual que el siete - posee un valor sacro. Por consiguiente, cuando hallamos en los evangelios el número 12 referido a la enseñanza de Jesús, hemos de tener en cuenta que concierne siempre al pueblo de Israel que lo ha seguido.

Bien, Jesús envía a los 12 para anunciar la novedad del reino de Dios. Sin embargo, los 12, presos de ideas tradicionalistas, ebrios del nacionalismo de su historia, se dedican a anunciar el reino de Israel. Se creen superiores respecto a otros pueblos y se muestran incapaces de comprender el mensaje universal de Jesús. Y, por ello, su acción resulta ineficaz. Jesús les ha conferido la capacidad de expulsar demonios y espíritus impuros, pero no son capaces de realizarlo. ¿Qué representan los demonios, los espíritus impuros? Es una imagen de todas las ideologías que impiden acoger el mensaje de Jesús. ¿Por qué los discípulos no pueden liberar a las personas? Porque ellos mismos se encuentran de algún modo repletos de esas mismas ideologías negativas que deben eliminar de los demás. Pero lo más grave es que. no solo no son capaces de acoger el mensaje de Jesús, intentan incluso frenar a aquellos que podrían hacerlo. Santiago y Juan se dirigen a Jesús : *"Hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos impedido"*. Jesús les había dado dicha capacidad a sus discípulos y no la habían sabido poner en práctica. Encuentran a uno que lo hace en nombre de Jesús, y no niegan su capacidad, pero se lo impiden. ¿Por qué? Y he aquí la arrogancia: *"porque no es de los nuestros, porque no nos sigue a nosotros"*. No pueden decir que no siga a Jesús, porque si uno expulsa a los demonios, o sea, libera a las personas, es evidente que ha adherido al mensaje de Jesús, pero el caso es que en la comunidad cristiana ya está presente la arrogancia de constituir un círculo exclusivo. La condición para ser discípulo de Jesús es que les siga a "ellos". Solo así se puede ser discípulo. Jesús desautoriza del todo esta actitud, diciendo: *"no se lo impedáis, porque nadie que expulsa demonios puede estar en contra de mí"*.

Lo que anuncia Jesús es de un alcance extraordinario: es posible pertenecer a Jesús sin identificarse con la comunidad que históricamente pretende poseer la exclusiva sobre las enseñanzas

del Señor. Hay un grupo que pretende poseer el monopolio de las enseñanzas de Jesús. Jesús condena esta mentalidad y se disocia de la misma. Abre las puertas a su seguimiento sin tener que identificarse necesariamente con dicha comunidad. Entonces, Jesús, habiendo comprobado el fracaso de estos doce, envía a otros setenta y dos, dice el evangelista. Los números, repito, tienen siempre un valor figurado. Pero, ¿por qué precisamente setenta y dos? Si tenéis la paciencia de leer el texto griego de las bienaventuranzas, veréis que las ocho bienaventuranzas están compuestas de setenta y dos palabras exactamente. En aquella época, las naciones paganas conocidas eran representadas con el número simbólico 72. Lo encontramos ya en el libro del Génesis, donde se afirma que los pueblos que existían en el mundo eran setenta y dos. Jesús, pues, tras el fracaso de los 12 que no consiguen anunciar el reino de Dios al estar cegados por el reino de Israel, envía ahora setenta y dos, personas que no provienen de Israel, sino de las naciones paganas. El resultado de la misión supone un éxito grande. Regresan felices, exultantes de alegría, diciendo: "*Señor, incluso los demonios se nos someten en tu nombre*", han podido liberar a las personas.

A este respecto, Jesús exclama: "*veía a satanás caer del cielo como un relámpago*". Es ésta una indicación muy importante. Precedentemente, debido de nuevo a su anuncio errado, Santiago y Juan no habían sido recibidos en un pueblo samaritano. Vuelven a Jesús ofendidos, y le presentan su queja por haber sido rechazados. Le sugieren, entonces, enviar un fuego del cielo que los abrase a todos... Como podéis apreciar, en cualquier época de la historia, el nacionalismo es siempre violento y fanático. Bien, Jesús en respuesta a esa sugerencia no envía un fuego destructor, sino que afirma ver caer del cielo a Satanás como un relámpago. ¿Qué quiere decir con ello? Mirad que estamos ante una expresión de gran trascendencia, tanto que caso de comprenderla bien, puede cambiar sustancialmente nuestra relación con Dios y, por tanto, con los demás.

En aquella época, Satanás era un funcionario, digamos así, del Padre eterno, un funcionario al que se adjudicaba un papel bien preciso: su misión consistía en espiar la conducta de los hombres en la tierra, y apenas observaba que los hombres incurrieran en algún tipo de pecado, corría

inmediatamente ante Dios para comunicarle los extremos del mismo. Y le decía: "mira, ese hombre se ha comportado de este modo, dame permiso para castigarlo", y Dios le concedía el permiso. Así pues, Satanás era llamado el acusador de los hombres. Bien, con Jesús, la función de Satanás termina definitivamente: "*lo veía caer del cielo*"; o sea, expulsado de las inmediaciones del Padre, Satanás no tiene ya la posibilidad acusar a los hombres ante Dios. En el evangelio de Lucas, Jesús anuncia algo extraordinario, una realidad que supone la "jubilación inmediata" de Satanás. Afirma: "*sed como vuestro Padre del cielo que es benévolo hacia los ingratos y los malvados*". **Mientras la religión presenta un Dios que premia a los buenos y castiga a los malvados, Jesús presenta un Padre cuyo amor se derrama sobre los buenos y los malvados sin distinción. El amor del Padre no está condicionado por las respuestas del hombre.** Si un individuo no responde al amor de Dios o si se comporta con maldad, el Padre no deja de amarlo, pues su función es comunicar amor incesantemente.

Entonces, si Dios no castiga ya al hombre por sus pecados, si Dios sigue amando al hombre a pesar de sus infidelidades, ¿qué trabajo le queda por hacer al pobre Satanás? Satanás queda en "paro obrero". Es muy interesante notar que es en este contexto - por primera y única vez en los evangelios - cuando Jesús "*exulta de alegría*". Si el evangelista subraya esta exultación, quiere decir que tiene un significado profundo. Jesús exulta de gozo en el Espíritu Santo y afirma: "*te bendigo, Padre, señor del cielo y de la tierra*". Una vez que ha sido eliminada la figura de Satanás, que tergiversaba el verdadero rostro de Dios presentándolo como el Dios de la religión, aquél que castiga, por fin Dios puede ser proclamado "Señor del cielo" y también "Señor de la tierra".

Continúa el pasaje: "*porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los doctos, y se las has revelado a los pequeños*". Los paganos, aquellos que los hebreos despreciaban, han sido capaces de anunciar el reino de Dios, es decir, han proclamado que el amor de Dios se extiende a toda la humanidad, independientemente del propio credo religioso o del propio comportamiento. Esta verdad, en cambio, ha quedado oculta a los sabios. Los doctos eran los escribas, los teólogos de Israel que predicaban e inculcaban al pueblo la

supremacía del pueblo elegido. Jesús asegura que ellos no comprenderán jamás el mensaje de Dios.

Hemos hecho una larga premisa, pero era necesaria para comprender la enseñanza de Jesús. Comenzamos ahora la lectura del texto, estamos en el capítulo 10 de Lucas, versículo 25, y podemos apreciar la reacción irascible de alguien que no soporta este mensaje. Es un doctor de la ley, o sea, un escriba, un experto en leyes. Los escribas eran laicos que dedicaban toda su existencia al estudio minucioso de la sagrada escritura. No solo la conocían de memoria, eran expertos asimismo en las distintas interpretaciones que a lo largo del tiempo se habían ido dando acerca de la misma. A la edad de cuarenta años, una edad bastante venerable en aquella época, recibían el espíritu de Moisés a través de la imposición de las manos. Desde ese momento, se convertían en el "magisterio auténtico y oficial de la sagrada escritura". Su importancia era tal que llegaba incluso a superar a la misma palabra de Dios. Se lee en el Talmud: cuando encuentres disparidad entre la sentencia de un escriba y una afirmación de la sagrada escritura, sigue lo que dice el escriba. Así pues, los escribas eran los intérpretes autorizados de la sagrada escritura. Tenían un poder y una influencia extraordinaria sobre la gente.

"Se puso entonces de pie un doctor de la ley", un experto de la sagrada escritura sale al escenario ¿para qué?: ¡Para tentarlo! Es sorprendente. La primera vez que el evangelista pone en escena a un doctor de la ley, éste encarna la función del Satanás tentador. En el evangelio de Lucas, el verbo tentar aparece solo dos veces: en la tentación del desierto, cuando el diablo tienta a Jesús, leemos: *"se alejó de él hasta el momento oportuno"...*, pues bien, ya ha llegado el momento oportuno. **Para el evangelista, el doctor de la ley encarna al diablo.** Aquéllos que estaban llamados a transmitir al pueblo la voluntad de Dios, son, en realidad, la encarnación de los enemigos de Dios. Por tanto, sale al escenario para tentarlo llamándolo "Maestro", ¡qué falsedad! Aquí nos damos de bruces con toda la falacia típica de las personas y de los ambientes clericales. Llamar a una persona con el título de maestro indica la actitud humilde del discípulo que desea aprender algo. Pero nada más lejos de la realidad. El escriba no

está dispuesto a aprender nada de Jesús. Se ha puesto en pie solo para tentarlo, para ponerlo en aprietos y comprobar si Jesús está en línea con la enseñanza ortodoxa. Por eso, pregunta "*¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*". El problema de la vida eterna reviste un gran interés. En los evangelios, Jesús nunca habla a propósito de la vida eterna, se diría que no le interesa el más allá. Él no ha venido a enseñar un nuevo camino para alcanzar la vida eterna. **A Jesús le interesa el reino de Dios, es decir, transformar las relaciones entre los hombres aquí, en este mundo concreto.** Por ello, nunca habla de vida eterna en los evangelios. Y no se trata de un descuido, es una omisión querida explícitamente. **Jesús habla siempre de la VIDA,** sin otras calificaciones.

Las dos únicas veces que habla de la vida eterna le mueve un propósito bien claro, y lo hace tras haber sido interpelado por personas que gozaban de los privilegios de este mundo hasta el punto de desear garantizarse una buena posición también en el más allá. Estamos ante ese tipo de personas que, o son muy religiosas, o bien poseen numerosas riquezas. En otras palabras, personas que cuentan con la seguridad del capital y del bienestar aquí en la tierra, y quieren tener la misma certeza para después de la muerte. Pero Jesús, insisto, no viene a hablar de la vida eterna. Se le había acercado un experto conocedor de la ley, y Jesús manifiesta estupor ante la pregunta, pues al escriba se le suponía suficientemente informado al respecto. Entonces, le interroga: "*¿qué está escrito en la ley?*", y a continuación, con pérfida ironía, Jesús añade, "*¿tú cómo lo lees, cómo lo entiendes?*". No es suficiente conocer la Biblia, es necesario también entenderla. Se puede incluso aprender la Biblia de memoria, conocerla frase a frase, pero ello no garantiza su comprensión. **Por consiguiente, el conocimiento de la sagrada escritura no es garantía de su comprensión. El criterio que Jesús ofrece para verificar la comprensión de la escritura es el poner el bien del hombre en el primer puesto de la escala de valores.** Aquéllos que no se comportan así, anuncian en su predicación algo que, en realidad, no han entendido. Situémonos por un momento en el evangelio de Juan, en la escena del interrogatorio de Jesús ante Pilatos. Hallamos una afirmación sorprendente. Jesús está hablando de la verdad, y Pilatos le pregunta "*y ¿qué es la verdad?*".

Jesús responde: *"todo aquél que está en la verdad escucha mi palabra"*. Nosotros habríamos esperado exactamente la afirmación contraria, o sea, "quien escucha mi palabra, pone en práctica la verdad", quien conoce la palabra del Señor se sitúa en la verdad. Pero Jesús no satisface esta expectativa. Al revés, indica que para escuchar, es decir, para comprender la palabra del Señor, es necesario ya estar en un plano de verdad. Y la verdad, en el evangelio de Juan, es la verdad en relación a Dios y en relación al hombre. Para comprender la palabra del Señor, la primera condición requerida es haber colocado el bien de los hombres en el primer lugar de la propia existencia. Aquellos que no lo hagan, pueden incluso conocer de memoria la sagrada escritura, pueden incluso predicarla a los cuatro vientos, pero..., anuncian algo que no comprenden. Esta es la denuncia irónica, aguda, que hace Jesús a este escriba. ¿Qué lees?, ¿qué entiendes?

En su respuesta, el escriba dice *"amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu vida, con toda tu fuerza y con toda tu mente"*. Quiere decir que para obtener la vida eterna, se requiere un amor a Dios absoluto y total. Después, tomando un pasaje de la ley del libro del Deuteronomio, añade: *"y a tu prójimo como a ti mismo"*. Ambos amores no son iguales. Hay un amor a Dios que es radical, un amor que exige la implicación de todas las dimensiones de la persona. Pero no sucede así con respecto al prójimo. El prójimo no ha de ser amado con toda la mente, con todas las fuerzas, con toda la vida. Al prójimo se le dispensa un amor solo relativo: ama al prójimo como a ti mismo. Pero a partir de ese criterio, dicho amor al prójimo será inevitablemente un amor limitado. Puesto que soy una persona limitada, este límite se manifestará en el amor hacia mí mismo y, en consecuencia, también hacia los demás. De hecho, existe un gran equívoco en la espiritualidad cristiana. Muchos creyentes, interpelados sobre el mandamiento del amor, sobre el grado de amor al que son invitados como cristianos, responden con este mandamiento referido por el escriba, o sea, "ama a tu prójimo como a ti mismo". Muchas personas lo creen así. **Pero hay que estar atentos: esta enseñanza es para el mundo judío, para los hebreos.** Jesús acepta esta respuesta porque es el razonamiento del escriba, hasta ahí llega su visión, pero la misma no tiene derecho de ciudadanía dentro de la comunidad cristiana. *El cristiano no es una persona que ama a Dios de manera total,*

absoluta, y al prójimo como a sí mismo. El cristiano, por el contrario, ama al prójimo de forma absoluta y total, no como lo hace Dios, sino como él se siente amado por Dios. En el evangelio de Juan, Jesús deja a los suyos un solo mandamiento, que sustituye a todo el resto de los mandamientos de Moisés: "amaos mutuamente como yo os he amado". Así pues, el amor hacia el prójimo ha de ser absoluto y total. Sea como sea, Jesús acepta la respuesta del escriba y - de nuevo con gran ironía - responde: *"la respuesta es ortodoxa"*.

Al escriba, defensor de la ortodoxia, le hace saber que la respuesta es ortodoxa, pero Jesús añade un detalle importante: *"haz esto y vivirás"*. No basta conocer la ortodoxia, hay que ponerla en práctica. Pero el escriba, en su deseo de justificarse, dice a Jesús: *"¿y quién es mi prójimo?"*. Ya hemos visto que la respuesta es *"ama al prójimo como a ti mismo"*, pero, ¿hasta dónde alcanza el concepto de prójimo? En la época de Jesús existía un debate al respecto entre las distintas escuelas teológicas. Algunos se movían de acuerdo a una mentalidad más reduccionista (que aceptaba como prójimo solo a los miembros del propio clan familiar), otros, en cambio, seguían un pensamiento más abierto. Algunos incluso admitían como prójimos a los extranjeros que habitaban en Israel, pero no existía concurrencia entre las distintas opiniones. El escriba, el doctor de la ley, quiere saber los límites de su amor, hasta dónde debe llegar. ¿Quién es mi prójimo?, pregunta. Jesús replica iniciando la narración de la parábola conocida como la parábola del buen samaritano, y dice: *"Un hombre bajaba de Jerusalén hacia Jericó"* (Jerusalén está situada a más de 800 metros de altura sobre el nivel del mar. Jericó está a unos 400 metros bajo el nivel del mar). Desde Jerusalén hasta Jericó hay una distancia de unos treinta kilómetros, a través de un sendero que cruza gargantas salvajes en el desierto ardiente, *"y se vino a topar con bandidos (era el lugar ideal para las emboscadas) que le robaron, lo golpearon y se fueron dejándolo medio muerto"*. Este detalle es importante. Un hombre herido, en un sendero desierto como es el que conduce desde Jerusalén a Jericó, no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir. Allí, incluso en la estación invernal, se alcanzan los cuarenta grados de temperatura. Una persona dejada allí medio muerta, no puede vivir a menos que aparezca alguien. Y, en efecto, continúa Jesús, aparece providencialmente un

sacerdote. Afortunadamente, ha llegado la salvación. El desafortunado viandante ha tenido la fortuna de encontrarse con la mejor persona posible. El sacerdote vivía en Jericó, una ciudad sacerdotal, habitada por las castas de los sacerdotes. Éstos iban periódicamente a Jerusalén para officiar en el templo, por una duración de ocho días. Para ello, tenían que someterse durante varios días a una serie de complicados rituales de purificación y limpieza ritual que los hacían puros, porque solo podían tener relación directa con Dios si eran plenamente puros. Aquí tenemos a un sacerdote que ha oficiado en el templo durante ocho días. Es, pues, perfectamente puro, ha estado todo ese tiempo cara a cara con Dios, pero "*habiéndolo visto*", subraya Jesús, "*se fue por otra parte*". ¿Por qué ignora al moribundo y se va por otro lado? Jesús no denuncia un comportamiento deshumano por parte del sacerdote; quiere, más bien, demostrar los efectos negativos de la obediencia estéril a la ley de Dios. El sacerdote respeta la ley de Dios, y la ley – en el libro del levítico – afirma que el sacerdote no puede entrar en contacto con los cadáveres, ni con la sangre, so pena de quedar impuro. Después de una larga y complicada semana de sacrificios y ritos de purificación, asistir al moribundo significaba quedar impuros y perder, pues, la relación con Dios.

Bien, ésta es la aberración de eso que era vendido como ley de Dios: la atención a un hombre carente de vida rompía la relación con el mismo Dios. La religión, como veis, es nefasta, es verdaderamente enemiga de la vida y de Dios. Todo cuanto produce vida es negativo para la religión, y es visto en un contexto de muerte. Las funciones normales de la vida aparecen como algo negativo, de hecho, la mayor aberración cometida por la religión hace referencia al milagro de la vida. Si hay un momento en el que se palpa la grandeza de la presencia de Dios, ése es el momento del nacimiento de un niño. Es realmente un misterio maravilloso, uno de los escasos momentos en que se toca directamente la presencia de la vida, y, por tanto, la presencia de Dios. Bien, el libro del levítico prescribe que cuando una mujer da a luz, queda impura por 33 días, si nace un niño, y 66 si nace una niña. Era un precepto absurdo se mire por donde se mire, pero el caso es que las personas más ancianas quizás recordéis que también en la iglesia católica sucedía algo parecido hasta hace pocos decenios. La mujer que había dado a luz no podía entrar en la iglesia hasta después de haber sido purificada. Estas son las aberraciones inauditas a las que conduce la religión. La religión es

enemiga de la vida, y donde hay enemistad hacia la vida hay también enemistad con Dios. Volviendo a la parábola, el sacerdote no es acusado por ser deshumano, sino por ser religioso, ya que no hay personas más peligrosas que las personas religiosas. Si los bandidos golpean, las personas muy religiosas, en cambio, dejan morir: "lo vio y se fue por otro lado". **El sacerdote respeta la ley, pero isacrifica al hombre!**

Los evangelistas, auténticos artistas de la escritura, emplean en el texto original griego una sola palabra para expresar la idea que traducimos normalmente por "se fue por otro lado", "pasó por otra parte". Esta única palabra constituye la tumba de la religión. La religión es incapaz de formar hombres que sean capaces de amar. Puede solo deformar y producir sujetos inútiles y peligrosos, que observan escrupulosamente sus leyes. **Para Jesús, la observancia de la ley es un veneno, un veneno tóxico que paraliza las respuestas naturales de amor por parte del hombre.** Cuando se encuentran personas necesitadas de asistencia, el individuo siente un deseo natural de dar una mano. Bien, **la religión es una enemiga tan encarnizada de Dios y de la vida que llega hasta paralizar las normales respuestas de amor de parte del sujeto.** He aquí por qué Jesús fue asesinado en nombre de la religión. La religión no solo endurece al hombre, lo convierte en un ser monstruoso que nunca se convertirá, porque se siente en paz con la ley de su Dios. Para el sacerdote de la parábola, no hay ningún escrúpulo. Él tiene que observar la ley, que asevera "el sacerdote no puede tocar a los moribundos". Si no se detiene a socorrerlo, está en paz con Dios. Si la persona sufre..., pues ipaciencia! Se acordará de ella en la oración, como hacen las personas pías.

Pero para el desafortunado viandante, existe aún otra posibilidad. Dice la parábola que "*de igual modo también un levita lo vio*". La tribu de los levitas estaba encargada de todo cuanto tenía que ver con el servicio del templo: desde la liturgia hasta el servicio de orden, las funciones policiales, etc. Igual que los sacerdotes, también los levitas habían de estar en condiciones de pureza ritual total para poder desarrollar su labor en el templo. Pues bien, el levita, que era la otra posibilidad, la esperanza de salvación para el agredido, también él "*pasó de largo*". En el comportamiento

del sacerdote y del levita, Jesús denuncia que el respeto de la ley puede matar al hombre. El dilema que Jesús propone a sus interlocutores y a los tutores de la ley es: ¿debe ser respetada la ley incluso cuando se convierte en casa de sufrimiento para las personas? Nos encontramos con una ley que pensamos provenga de Dios, y con una situación de sufrimiento real de la persona. ¿Qué hacer en este caso? ¿Qué opción realizar en caso de colisión entre observancia de la ley “divina” y situación de desazón, de sufrimiento de la persona?

Cuando la persona vive en una situación especial que la pone en contradicción con la ley de Dios, ¿qué debe hacer? ¿Debe escuchar su deseo de plenitud, que lo conduce a transgredir la ley o debe observar la ley y sacrificar la propia existencia? Bien, el doctor de la ley ciertamente está de acuerdo con el comportamiento tanto del sacerdote como del levita, que se han mantenido puros a base de observar la ley de Dios. De hecho, acaba de afirmar que Dios es más importante que el hombre, ha dicho que el amor a Dios debe ser total, absoluto, mientras que el amor hacia el prójimo es relativo, limitado. Pues bien, Jesús dice que **cuando al bien del hombre se le antepone el bien de la ley, ésta se hace inútil y nociva.**

Jesús enseña que en la escala de valores es siempre el bien del hombre el que ocupa el primer puesto. No tiene dudas al respecto, incluso si se trata de una ley denominada “divina”. **No puede haber ninguna ley que impida hacer bien al hombre.** Trasladémonos por un momento a otro evangelio, recordemos un pasaje del evangelio de Juan que nos ayudará a comprender mejor este concepto. Jesús cura a un ciego de nacimiento y, para ello, ha de violar el reposo sabático. El descanso del sábado no era un mandamiento más, uno de tantos. Su observancia equivalía a la observancia de toda la ley, porque era el único mandamiento que el mismo Dios había observado. Pues bien, Jesús restituye la vista al ciego y con ello contraviene toda la ley. En el pasaje, las autoridades llaman al cielo y pretenden convencerlo de que habría sido mejor para él seguir siendo ciego antes que ser curado por un pecador que ha violado la ley. La respuesta del ciego es fantástica. Viene a decir: mirad, yo de teología no entiendo nada, vosotros sois maestros, yo lo único que sé es que antes yo no veía y ahora veo, y esto

para mí resulta suficiente. **Entre una verdad de fe y la propia experiencia de vida, es ésta última la que debe siempre determinar las opciones de la persona.** Es cierto que la teología considera errado este comportamiento, incluso puede ser que el catecismo señale la irregularidad de las posiciones, pero lo importantes es la serenidad y la plenitud que el individuo pueda experimentar, el bien que pueda alcanzar con sus decisiones. Jesús lo enseña: aun en casos de conflicto con la misma ley de Dios, es la experiencia de paz, vida y serenidad del hombre la que ha de colocarse en primer lugar como el valor principal. Comprendemos entonces por qué acabaron con la vida de Jesús. Lo extraño es que durara tanto.

Segundo encuentro

Hemos visto cómo Jesús crea un clima de expectación atenta al narrar la parábola. Estamos ante un moribundo que tiene escasas esperanzas de vida, a menos que sea socorrido. Se acerca un sacerdote, después un levita, personas que podían ayudarlo, pero ambos pasan de largo, con tal de respetar la ley. El pasaje continúa "*Un samaritano, en cambio, que iba de viaje, se le acercó y...*", - quienes escuchaban la parábola se esperarían un desenlace fatal... ¡y lo asesinó! ¿Quiénes eran los samaritanos? Era un pueblo enfrentado con los judíos por un odio ancestral, un odio que se remontaba a siete siglos atrás, tras la deportación de los habitantes de Samaria en Siria. Siria había ocupado esta región, que fue gradualmente poblada por colonos extranjeros, pueblos que adoraban otras divinidades. La mezcla racial entre estos dos pueblos - o sea, los habitantes de Samaria y los colonos - había dado origen a un pueblo híbrido, que era detestado de forma absoluta por los hebreos. La Biblia, la pía Biblia, evita pronunciar el nombre "samaritanos" y, cuando tiene que citarlos, dice de ellos en el Eclesiástico, "ese estúpido pueblo que habita en Sichem". Entre los samaritanos y los judíos había, pues, odio total. Cuando los galileos del norte descendían hacia el sur, hacia Judea, evitaban atravesar Samaria, porque de vez en cuando se producían matanzas de judíos. Ambos se descalificaban recíprocamente y se consideraban enemigos de la fe y enemigos de Dios. El término "samaritano" era considerado el mayor insulto que se le pudiese hacer a una persona, y estaba

incluso severamente castigado por la ley. En otras palabras, el samaritano es el hombre hostil por excelencia.

El pasaje nos presenta a un hombre herido, pasan a su lado algunas personas y lo ignoran, pasa un samaritano y... se sospecha lo peor. Los interlocutores de Jesús lo tienen claro: el pobre desventurado tendrá un final aciago, el samaritano se ensañará con él... Bien, yo me doy cuenta de que por mucho que me esfuerce por explicaros lo que se pensaba acerca de los samaritanos en la cultura judía, no puedo transmitir la idea del horror que la palabra de Jesús suscitaría en sus interlocutores, porque Jesús ha sacado a colación la persona más horrenda y peligrosa que se pudiera esperar. Tal vez habría que poner un ejemplo en términos actuales, inteligibles para nosotros. Imaginaos, por ejemplo, que en las calles de nuestra ciudad un niño montado en bicicleta es atropellado por un coche, que se da a la fuga. El niño queda herido gravemente. A su lado pasa un alto personaje eclesiástico, que no se detiene porque tiene que llegar a tiempo a una función litúrgica. Después pasa un funcionario del ayuntamiento que tampoco se complica la vida y sigue su camino. Por fin, pasó un "sucio emigrante", el peor individuo que podía presentarse, del que solo cabe esperar algo malo. Con este escenario os podéis hacer una idea del horror que suscitaba el personaje en el auditorio de Jesús. Era un hombre alejado de Dios, extranjero (los samaritanos eran considerados así), impuro, pagano, una persona que tenía prohibido el acceso al templo de Jerusalén. *"Un samaritano, en cambio, que iba de viaje, se le acercó* (lo que sigue a continuación representa el paso de la religión a la fe, el paso del creyente que desde la obediencia a Dios, pasa ahora a la semejanza con el amor del Padre) *y viéndolo, sintió compasión"*. El sacerdote lo ve, el levita lo ve, pero pasan de largo; el samaritano lo ve y siente compasión. Lo que Jesús está afirmando aquí reviste una gravedad extraordinaria, porque el verbo "tener compasión" es un verbo técnico que, en el Antiguo Testamento indica exclusivamente la acción de Dios y nunca de una persona. Tener compasión no indica solo un sentimiento, sino una acción divina con la que se devuelve vida allí donde no existe, y esto lo puede hacer solamente Dios.

En el evangelio de Lucas, este verbo "tener compasión", aparece otras

dos veces, y siempre lo hace en situaciones en las que la vida viene restituida. Lo usa Jesús en el episodio de la viuda de Naim, que llora a su hijo muerto (Jesús tiene compasión y el niño vuelve a la vida) y en la parábola del hijo pródigo, cuando el padre observa de lejos al hijo que regresa, siente compasión, corre a su encuentro y le devuelve la vida. Leyendo los evangelios, podemos notar cómo este verbo se aplica siempre a la acción de Jesús o de Dios. Pues bien, en el pasaje del samaritano, Jesús dice que este hombre, considerado ajeno a Dios, alejado de Dios, excluido de la religión, iresulta que posee los mismos sentimientos de Dios! No observa la ley, no participa en el culto del templo, no recita todas las oraciones devocionales del pueblo de Israel..., pero es él el perfecto creyente, ya que se comporta tal y como Dios se habría comportado. **He aquí el cambio radical que se produce en el concepto de creyente: el creyente no es ya quien obedece a Dios observando sus leyes (hemos visto el resultado: la muerte), sino aquél que se asemeja al Padre a base de practicar un amor semejante al suyo.** Se trata de una novedad tremenda, porque se derrumba todo el castillo teológico que se había ido construyendo con mucha fatiga en el pueblo de Israel. Quiere decir que desde ahora es posible ser creyente y pertenecer a otros pueblos, a otras religiones, se puede ser creyente incluso viviendo situaciones que la religión y la moral consideran de lejanía respecto a Dios.

Todos aquellos que, independientemente de su raza, religión, credo, ponen en práctica un amor compasivo, es decir, todos los que hacen que brote la vida donde ésta no existe ya, estas personas son los auténticos creyentes. Son los únicos que se comportan como hace Dios. Jesús está haciendo una afirmación trascendental para aquella época y para la nuestra también: ¿quién es el creyente? El creyente, conforme a las enseñanzas de Jesús, es aquél que se asemeja al Padre. La obediencia, elemento típico de la religión, hace a las personas siempre infantiles. De hecho, en una relación de obediencia-sumisión se requiere uno que ordena y otro que obedece, y entre ambos no puede haber igualdad, ya que quien obedece es siempre inferior a quien ordena. La religión tiene pánico de personas semejantes al Padre, y tiene una necesidad extrema de personas obedientes y obsequiosas. Dentro del recinto de la religión, los creyentes no maduran, no crecen nunca.

Siempre permanecen como personas infantiles que necesitan un padre, una autoridad, a quien dirigirse para saber si su comportamiento es el adecuado o no. Necesitan, es decir, el beneplácito de una autoridad superior. Por este motivo Jesús, cuando invita a entrar en su comunidad, afirma que es necesario abandonar padre, madre, hermanos, hermanas, para recibir así, dentro de la comunidad, el céntuplo en hermanos, hermanas, madres... pero no padres. El padre es abandonado y no se le vuelve a encontrar dentro de la comunidad cristiana, porque el padre obstaculiza el crecimiento de los hijos. Para el padre, el hijo precisa siempre ayuda, consejo, el hijo nunca crece. En la comunidad cristiana no hay puesto para los padres, el único que tiene carta de ciudadanía es el Padre de los cielos, el Padre de Jesús, que no gobierna a sus hijos emanando leyes que éstos deban observar, sino comunicando su misma capacidad de amar. La obediencia hace que las personas permanezcan en un estadio infantil y sean incapaces de decidir por sí mismas lo que está bien y lo que está mal. Las personas obedientes no piensan por sí mismas, no dan respuestas personales, se apoyan siempre en autoridades superiores. Nunca asumen la responsabilidad de las propias acciones, dependen de otros. Estas personas nunca crecerán. Jesús elimina de un plumazo la obediencia y la autoridad del padre. Invita a no llamar a nadie padre en esta tierra, ni maestro, porque uno solo es el Padre y el Maestro. Volviendo al pasaje de Lucas, podemos observar que Jesús, aplicando al samaritano la misma compasión de Dios, indica que el creyente es aquél que se asemeja al Padre, pues en la medida en que se practica un amor similar al suyo, más se crece y más se realiza el individuo como persona e hijo de Dios. La práctica del amor es el criterio del crecimiento.

Este samaritano "*se acercó, vendó sus heridas* (los bandidos han desnudado al desventurado personaje, el samaritano lo venda) *derramó sobre él aceite y vino* (los bandidos lo han herido, él lo cura) *y cargándolo sobre su propia cabalgadura lo condujo a una posada*". También este detalle es importante. La región de la que se nos habla es bastante dura de recorrer en cualquier época del año. Estamos bajo el nivel del mar y la respiración se hace fatigosa. Pues bien, el samaritano se priva de su propia bestia y monta en ella al agredido. O sea, realiza plenamente la presencia divina. ¿Quién es Dios? Aquél que se hace siervo de los hombres, el samaritano considera al

desventurado como su señor y lo sirve. *"Al día siguiente, sacó dos denarios, los entregó al dueño de la posada y le dijo: cuida de él y a mi retorno te pagaré todo lo que gastes de más"* El samaritano, para asistir al herido, dona gratuitamente su tiempo y su dinero, sin esperanzas de obtener algo a cambio. Llega ahora la sentencia de Jesús: *"¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo del hombre desventurado?"*.

Jesús invierte la pregunta que le había sido hecha. El doctor de la ley ha preguntado quién es el prójimo que amar, pero Jesús le da la vuelta a la cuestión y pregunta cuál de estos tres protagonistas se ha hecho prójimo del desventurado. El legislador, el doctor de la ley, quería saber hasta dónde debía llegar su amor, y Jesús le indica desde dónde debe partir este amor. Hemos dicho que, en esta parábola, Jesús cambia el concepto de creyente. El prójimo, para Jesús, no es la persona que debe ser amada, sino la persona que ama. En la religión, el prójimo es el individuo que yo amo para obtener una cierta recompensa de parte de Dios; en la fe, el prójimo es cualquier persona a la que me "aproximo" para amar. No es, pues, un objeto que amar para obtener recompensa de Dios, sino aquél que ama como Dios mismo ama. Cada uno de nosotros es invitado a amar como Dios ama y es esta situación la que nos hace prójimos de los demás. Por esto, ser prójimo no depende del que se encuentra en situación de necesidad, sino de quien se le acerca para ayudarlo. Espero que os quede claro, porque no es fácil captar esta transformación que Jesús lleva a cabo. **El doctor quería saber quién era su prójimo. Jesús quiere, en cambio, que se pregunte quién puede ser su prójimo,** porque hacerse prójimo depende de él mismo, de su actitud hacia quien requiere su ayuda. El pasaje sigue adelante con la respuesta del doctor de la ley. Para indicar la acción del samaritano, Jesús ha empleado un verbo, el verbo "tener compasión", que en la Biblia es usado exclusivamente en relación a Dios. El doctor de la ley no puede consentir que un samaritano, un hombre sin Dios tenga los mismos sentimientos de Dios y en su respuesta cambia el verbo, usando "tener misericordia", una expresión que define una acción humana. Él no quiere reconocer que en el comportamiento del samaritano esté presente una acción divina. Incluso evita nombrar al samaritano, pues era una palabra malsonante, y, por ello, utiliza un término que es despreciativo en la lengua griega: "ese". No se quiere

ensuciar la boca con la palabra "samaritano". Jesús le invita a actuar del mismo modo. El debate había comenzado a partir de una provocación teórica de parte del doctor de la ley, que deseaba saber de Jesús qué hacer para tener la vida eterna. Concluida la parábola, Jesús se despide del personaje con dos órdenes muy secas: ve y actúa. Jesús le invita a tomar como modelo al samaritano que se ha hecho siervo del hombre herido. El doctor de la ley, un personaje que - incluso externamente, mediante el uso de vestiduras espléndidas - quería poner de manifiesto su superioridad respecto al resto, su relación especial con Dios, es invitado a hacerse siervo de los demás, como el samaritano. La última acción del samaritano ha sido la de cargar en su propio caballo al hombre malherido. Quien lleva las riendas del caballo cuando hay una persona montada en él es siempre el siervo, nunca el amo. Jesús invita a este personaje, considerado por todos como un hombre importante, a hacerse siervo.

Preguntémosnos ahora: ¿aprendería el doctor de la ley esta lección? De la lectura del evangelio parece desprenderse que no, porque cada vez que encontramos a un doctor de la ley siempre estamos en un contexto conflictivo. Hay otro episodio en que Jesús se cruza con un enfermo en sábado, y pregunta a los doctores si es lícito curar en sábado o no lo es. La observancia del sábado no era un mandamiento más, era "el mandamiento" por excelencia, que encerraba en sí a todos los otros. Cuando los doctores de la ley preguntan a Jesús cuál es el mandamiento más importante, no lo hacen con el deseo de aprender, sino para controlar y verificar su ortodoxia. Ellos sabían bien cuál era el mandamiento más importante de todos, el sábado, porque era el único observado incluso por Dios. Se pensaba, de hecho, que los sábados Dios descansase de toda actividad. Por eso, observar el sábado equivalía a cumplir toda la ley, y la trasgresión de este mandato implicaba la violación de toda la ley, para lo que estaba prevista la pena de muerte. Por eso, Jesús les pone en un aprieto: ¿hay que observar la ley en sábado, o hay que hacer el bien a un individuo? Es importante tener en cuenta esta indicación, porque transforma nuestro concepto sobre la moral. Para las personas religiosas, el concepto de moral consiste en la observancia o no de las leyes, cuyo cumplimiento garantiza que todo vaya bien en la relación con Dios, pero cuya trasgresión da la certeza de encontrarse en pecado. **Para**

Jesús, el criterio de comportamiento no es ya la ley, sino el bien del hombre: todo aquello que le hace bien al individuo es bueno, aunque exista una ley que lo prohíba, porque no puede existir ninguna ley - ni tan siquiera divina - que impida hacer el bien a las personas. Y al contrario, todo lo que perjudica al individuo es dañino, aunque no exista ningún precepto que lo prohíba. Bien, la reacción a esta pregunta, si es lícito o no curar en sábado, es el silencio por parte de los doctores de la ley. Nos dice el evangelio que Jesús tomó al enfermo de la mano, lo curó, lo despidió y después dijo: "*¿quién de vosotros si le cae en un pozo un buey o un asno no lo sacará el día del sábado?*", y los maestros de la ley "*no fueron capaces de responder a estas cosas*". Con tal de defender sus propios intereses eran capaces de violar la ley del sábado, pero no eran capaces de ello cuando se trataba del bien de un hombre. Acabará, pues, en fracaso este encuentro entre Jesús y los doctores de la ley.

Tercer encuentro

Continuamos con nuestro análisis sobre los extranjeros en los evangelios; decíamos que, bajo la imagen del extranjero, está representado cualquier individuo que no se adecua a la norma que la sociedad se ha creado, o sea, todas aquellas personas que son diferentes de algún modo. Pues bien, los evangelios dicen bien a las claras que todas estas personas son portadoras de riqueza, de modo que rechazar al extranjero equivale a cerrarse a la vida y desaprovechar la riqueza preciosa que ellos llevan consigo. En la parábola del samaritano hemos analizado un episodio desconcertante. Jesús, como ejemplo de capacidad humana de manifestar el mismo amor de Dios, pone en escena a una persona herética, impura, un extranjero.

Dejemos ahora el evangelio de Lucas; veamos el desconcertante episodio del centurión reportado en el evangelio de Mateo; es éste también un personaje emblemático, porque no solo estamos ante un extranjero - por consiguiente pagano e impuro - sino que es más, se trata de un representante del poder romano que desde hace más de setenta años

domina Palestina. Es, pues, enemigo por doble motivo. Cuando leemos el evangelio, una clave de lectura que debemos tener siempre presente es no tomar nunca el texto aislado de su contexto. Es necesario contemplar siempre el contexto en que está encuadrado, de otro modo no se comprende nada. Mateo escribe para una comunidad de judíos que han reconocido en Jesús al Mesías, pero siempre y cuando esté en sintonía con la ley de Moisés y conecte, de algún modo, con él. Por eso, Mateo ha de estar muy atento en su exposición. Presenta, así, la enseñanza de Jesús dividida en cinco grandes bloques, exactamente igual que los cinco primeros libros de la Biblia (que se pensaba habían sido escritos por Moisés), y además presenta la vida y las enseñanzas de Jesús siguiendo aproximadamente el esquema y el modelo de la vida de Moisés. He aquí por qué solo en el evangelio de Mateo hayamos la narración de la matanza de los niños de Belén: igual que Moisés huyó y fue preservado de la matanza de los niños planeada por el faraón, del mismo modo Jesús se salva de la persecución decretada por Herodes. El poder comunica siempre muerte. Un momento importante de la vida de Moisés es cuando recibe de manos de Dios la alianza en el monte, alianza que es formulada en diez mandamientos; pues bien, en Mateo hallamos un episodio de Jesús equivalente de algún modo. Jesús sube a un monte pero no se encuentra con Dios. Él, que ha sido presentado desde el principio como "Dios con nosotros", formula la nueva alianza basada no en diez mandamientos, sino en ocho bienaventuranzas.

Por esta misma comparación con la vida de Moisés, el evangelio de Mateo es el único que termina en un monte, tal como Moisés acabó su existencia, antes de entrar en la tierra prometida. El evangelio de Mateo termina con Jesús en un monte, pero no se trata de una escena de muerte, es una escena de victoria de la vida sobre la muerte. A diferencia de Moisés, que escoge a Josué como sucesor suyo, Jesús no necesita asegurarse un sucesor, y termina su existencia terrena con las palabras: "*Siempre estoy con vosotros*". Un elemento sobresaliente de la gesta de liberación obrada por Moisés es el momento en que, con la ayuda de Dios, desata las famosas diez plagas de Egipto, aunque estrictamente hablando, el término plaga se refiere solo a la última, la muerte de los primogénitos. Tengamos en cuenta que estas plagas no indican un acontecimiento histórico, sino una verdad de fe.

No es de recibo que Dios acabe con todos los varones primogénitos de Egipto en una noche... Lo importante aquí es que Dios libera a su pueblo por medio de diez acciones que siembran muerte y destrucción en los adversarios. En consecuencia, en el evangelio de Mateo - y solo en el mismo - Jesús realiza diez acciones dirigidas a los enemigos, pero no siembra muerte ni destrucción, comunican, antes bien, vida y salud donde quiera que éstas brillan por su ausencia. **En consecuencia, los medios empleados son bien distintos. Moisés, que representa la religión, se afirma a base de eliminar a los adversarios. Jesús, que ha venido a comunicar la fe, se afirma transmitiendo vida, porque la fe proviene de Dios.**

Así pues, en el capítulo 8 de Mateo, antes del relato del centurión, hay un episodio emblemático que resume en una escena todo aquello que sucederá a continuación, y que nos ayuda a comprender mejor el caso del centurión. El episodio comienza con la bajada de Jesús desde el monte. Es el monte en el que Jesús ha proclamado la nueva alianza, la alianza formulada en las bienaventuranzas. En el monte, Jesús ha hecho una afirmación sorprendente: Dios ama incluso a quien no lo merece. Es un aspecto de gran novedad, porque la religión - desde siempre - sostiene que Dios premia a los buenos y castiga a los malos. Nunca se había hablado de un Dios que conceda su favor también a los que no se lo merecen. Con Jesús acaban los días de la religión, pese a las plegarias del salmista que invocaba a Dios para que bajase del cielo a destruir a los pecadores. El Dios de Jesús es aquél que comunica su amor a todos, independientemente de sus respuestas, sin tener en cuenta su conducta de vida. Volviendo al capítulo 8 del evangelio de Mateo, Jesús desciende del monte, una gran muchedumbre lo sigue..., he aquí la imagen del éxodo: el antiguo éxodo tuvo lugar desde la tierra de esclavitud, que era Egipto, hacia la tierra de Canaán, la tierra de la libertad; el nuevo éxodo, que Jesús viene a inaugurar, supone salir y alejarse de la institución religiosa que ha ocultado y desvirtuado el rostro de Dios para los propios intereses. Un éxodo, pues, para dar a conocer el verdadero rostro del Padre. El primer personaje que encontramos es un leproso, otro personaje emblemático (cuando aparecen personajes sin nombre en los evangelios quiere decir que son representativos, figuras de todas aquellas situaciones en las que se puede hallar el lector). La condición del leproso era trágica en

Israel, el leproso no era considerado como un enfermo, sino como un maldito de Dios. Según la mentalidad de la época, la lepra era un castigo terrible que Dios enviaba como castigo por los pecados. No era una enfermedad como otras, que suscitaba compasión, sino un castigo para ciertas culpas graves. En toda la historia de Israel solo había habido dos casos de curación de leprosos: el primero es el caso de Miriam, la hermana de Moisés, castigada por Dios con la lepra por no haberse puesto de parte de su hermano, y curada posteriormente por el mismo Dios; el segundo caso es el de un oficial sirio. Solo dos casos, pues, por lo que la curación de un leproso era considerada prácticamente imposible. Era imposible porque el leproso es impuro desde el momento que es asaltado por la lepra. Y siendo impuro, no puede tener ningún tipo de contacto con Dios. Pero Dios es el único que lo puede curar, de modo que se encuentra en un callejón sin salida. No teniendo acceso a Dios, quedan cortadas para él todas las vías que podrían conducirle a la salvación.

Entonces, el evangelista representa en el leproso todos aquellos tipos de personas que viven situaciones peculiares, desesperadas, personas que carecen de cualquier posibilidad de salir de su situación. El único que puede ayudarles es Dios, pero ellos no pueden dirigirse a Él. En el pasaje, el leproso se acerca a Jesús, se postra ante él y dice: "*Señor, si quieres, puedes purificarme*"; el leproso no solicita la curación, convencido de que no era posible. Pide solo la purificación, o sea, ser readmitido al encuentro con Dios. Pero, haciendo así, viola la ley que le obligaba a mantenerse a distancia de los centros habitados y lejos de las personas; y viola la ley después de haber escuchado los ecos del sermón de la montaña, que hablaba de un Padre que ama a todos sin condición y con independencia del estado de cada uno. **Cada vez que encontramos un centelleo luminoso en los evangelios, acontece siempre a renglón seguido de una trasgresión de la ley. Donde hay observancia de la ley, no existe espacio para la vida que Dios desea comunicar.** El leproso, pues, se anima ante el eco de las palabras de Jesús, contraviene la ley y se le acerca. Bien, cuando en el Antiguo Testamento se narra la curación de Naamán, el oficial sirio que se dirige a Eliseo, éste no lo quiere ni siquiera recibir (¡un leproso aquejado de esa impureza que se dirige a un hombre de Dios!). Eliseo no quiere ni tan siquiera verlo, pero Jesús no se comporta como Eliseo, Jesús no evita al

pecador. Si Jesús hubiera sido una persona pía le habría echado en cara su enfermedad, atribuyéndola a sus pecados. Jesús, por el contrario, *“extendiendo la mano lo tocó, diciendo: lo quiero, queda purificado”*. **En este versículo está la demolición de todo el castillo teológico que los escribas habían construido, tergiversando así el rostro verdadero de Dios.** Jesús, pues, extiende la mano, y este gesto tiene un doble significado: en el Antiguo Testamento, en las famosas diez plagas de Egipto, cada vez que Dios o Moisés extienden la mano es para comunicar muerte y destrucción a los pecadores y a los enemigos. En este momento, es la primera vez que Jesús extiende la mano, pero lo hace para transmitir vida. Además, no solo extiende la mano, sino que toca al leproso. ¿Por qué? De por sí, no había ningún motivo para tocarlo. Veremos en el episodio sucesivo que Jesús cura solo con la potencia de su mensaje que comunica y desencadena una corriente de vida en los individuos. Si es así, ¿por qué entonces lo toca? La razón es que el libro del levítico prohíbe tocar al leproso, pues su impureza se transmite a la persona sana. Jesús, para demostrar la falsedad de una ley religiosa que discriminaba a los hombres en nombre de Dios, que les impedía acercarse a Dios, lo toca y sucede algo clamoroso. No solo la impureza no se transmite a Jesús, sino que es su pureza la que pasa al leproso y éste queda purificado. Cuanto enseñaba la ley era falso. **No es verdad que Dios castigue a los individuos, no es cierto que Dios margine a los pecadores. Dios dirige su amor a todos por igual.** Ha sido la ley, la ley mentirosa creada por los escribas, la que ha empañado el rostro de Dios. **El evangelista nos dice que con Jesús no se acepta ya ninguna discriminación entre los hombres en nombre de Dios. No existe ni un solo individuo que pueda ser excluido del amor de Dios a causa de su condición moral, social o religiosa.** Dios no repudia a ninguna persona, a todos tiende la mano y comunica su pureza. Es importante subrayar esto, porque la religión enseña todo lo contrario. La religión aleja a los hombres de Dios; en la religión, los hombres, si quieren acercarse a Dios, han de ser puros. Mientras vivan en condición de impureza no tienen nada que hacer. **Pues bien, mientras que para la religión se requiere la pureza para acoger al Señor, para Jesús es la acogida del Señor lo que nos hace puros. Como veis, se invierte por completo la dirección teológica.**

El episodio que vamos a comentar hace suyo este mensaje de Jesús, para quien el amor de Dios va dirigido de igual modo a todos aquellos que son considerados pecadores excluidos. *"Al entrar en Cafarnaum vino a su encuentro un centurión"*. Antes fue un leproso, ahora es un centurión quien se le acerca. Es desconcertante el gesto del centurión. Él representa las tropas de ocupación de Palestina, es un dominador, un pagano, extranjero e impuro. Por tanto, es una persona que debe ser evitada. Entonces, ¿por qué se acerca a Jesús? Porque Jesús, en el sermón del monte, ha hablado del reino de Dios. El reino de Dios no es el reino de Israel limitado y circunscrito por confines nacionales o religiosos. El amor de Dios no reconoce los confines creados por los hombres y se dirige a todas las criaturas. Continuemos la lectura del pasaje: *"y le suplicaba diciendo: "Señor, mi siervo yace en casa paralizado y sufre terriblemente"*. Jesús podía darle la espalda a este usurpador, a este pagano que no merecía absolutamente nada (se pensaba, de hecho, que los paganos no resucitarían, por lo que más que ayudarlos, se trataba de eliminarlos), pero, en cambio, acoge su solicitud. Lo que hace Jesús resulta inaudito para la mentalidad hebrea. En el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos a Pedro que intenta justificarse por no haber querido entrar en casa de otro centurión, Cornelio, y dice que no es lícito que un judío se encuentre con personas de otras razas. La religión judía era eminentemente racista, su supremacía se basaba precisamente en el racismo. Los judíos evitaban las casas paganas porque quedaban impuros (recordad que los sumos sacerdotes conducen a Jesús ante Pilatos, pero no entran en su casa para evitar quedar impuros). Es ésta la hipocresía que Jesús denunciará: *"os tragáis a los camellos y filtráis los mosquitos, no pisáis la casa de los paganos para no quedar impuros pero conducís a un inocente para asesinarlo"*.

Pues bien, Jesús, en los evangelios, se muestra dispuesto a entrar en las casas de los leprosos y paganos, y se declara decidido a violar la ley, pues en toda acción de vida hay una trasgresión de la ley. Es la ley la que impide la comunicación del amor de Dios. Continúa el pasaje con otra intervención del centurión: *"Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero con una sola palabra tuya mi siervo quedará curado"*. Conocemos bien esta frase ya que - si bien un tanto deformada - la repetimos cada vez que participamos en

la liturgia eucarística. El evangelista introduce aquí el tema de la misión entre los paganos, los discípulos serán enviados a anunciar la palabra de Jesús, y será la fuerza contenida en ese mensaje la que desencadenará el principio de curación en los hombres. Es exactamente lo que piensa el centurión, el pagano, que razona según la mentalidad hebrea y piensa que Jesús no puede entrar en su casa para no quedar impuro, porque pertenece a esa raza que se considera superior, pero el pasaje nos quiere indicar que todo aquél que acoge el mensaje (no es necesaria la presencia física de Jesús), podrá experimentar la salvación. El centurión continúa después con su razonamiento militar y dice: "*porque yo también soy un subalterno, y tengo asimismo soldados bajo mí. Si a uno le digo va, éste va, y a otro ven, y viene, a mi siervo haz esto, y lo hace*". Jesús se admira de estas palabras y, dirigiéndose a sus discípulos, incapaces de comprender que su mensaje de amor iba también dirigido a los extranjeros, a los paganos, afirma de modo categórico y solemne no haber encontrado una fe así nunca en Israel.

En el evangelio de Mateo aparece, por primera vez, el término **fe**, en la línea que comentábamos ayer: **la fe no es un don de Dios, sino la respuesta de los hombres al amor de Dios**. Jesús, en efecto, hace un ofrecimiento de amor al personarse en la casa del centurión, y la respuesta de éste es la fe. Jesús afirma que en Israel no ha encontrado tanta fe como en este hombre, que era pagano, extranjero e impuro. Resulta muy significativo que el pueblo que se consideraba elegido por Dios, el pueblo que tenía el honor y el privilegio de contar con la casa de Dios, el templo de Jerusalén, no sepa reconocer a Dios cuando se manifiesta, no lo reconoce y recibe solo reproches de Jesús: "no he encontrado tanta fe en nadie de Israel" **La religión había acabado con todo atisbo y toda posibilidad de fe en el pueblo**. He aquí el éxodo que Jesús propone para liberar a las personas, porque mientras que permanezcan esclavas de la institución religiosa, no podrán percibir el don de Dios a la humanidad. ¿Qué entendemos por institución religiosa? La institución religiosa se distingue de la iglesia, no es la comunidad que Jesús vino a proponer y a crear. La comunidad cristiana es una comunidad dinámica y animada por el Espíritu, o sea, una comunidad siempre en movimiento que, en la escucha continua del Espíritu (Espíritu quiere decir energía de amor), formula el único mensaje de Jesús de manera

siempre nueva. **Así pues, la iglesia está llamada a ser una comunidad dinámica animada por el Espíritu, mientras que la institución religiosa es un cuerpo rígido gobernado por leyes.** Existe incompatibilidad absoluta entre ambas experiencias, por lo que Jesús se propone liberar a los suyos del gobierno de las leyes, porque allí donde rige la ley no puede existir la dinámica del Espíritu. Y Jesús no solo hace dicho elogio del centurión, llega incluso a anunciar: *"Os aseguro que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán en la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos"*. Lo que afirma Jesús es realmente inaudito. Toda la tradición religiosa presentaba a Israel como el pueblo elegido, el pueblo llamado a dominar sobre los paganos. Ayer os citaba un texto de la tercera parte del profeta Isaías que decía: "los príncipes extranjeros serán nuestros jardineros, las princesas serán nuestras siervas, de occidente y de oriente vendrán trayendo tributos a Jerusalén". Jesús se disocia definitivamente de esta visión de las cosas. Para él, no se trata de dominar ni someter a los extranjeros. Su expresión "de oriente y occidente" significa que también los pueblos paganos vendrán para sentarse en la misma mesa, o sea, para recibir una comunicación total de vida con Abraham, Isaac y Jacob. Ellos, que eran los jefes del pueblo, la cabeza del mismo, celebrarán un banquete en el que los invitados no serán los miembros del pueblo de Israel, sino antes bien, esas personas que Israel consideraba excluidas.

En su evangelio, escrito para interlocutores judíos, Mateo presta atención para no herir su sensibilidad, y evita, por ello, escribir el nombre Dios. La palabra Dios no se pronuncia ni se escribe; uno de sus sustitutos, como sucede en otras lenguas, es el cielo. Así pues, "reino de los cielos", en el evangelio de Mateo no indica nunca el más allá, sino que se refiere siempre a las cosas de aquí, al "reino de Dios". Por reino de Dios se entiende la comunidad en la que Dios gobierna personalmente a sus hijos, no a base de emanar leyes que les vinculan, sino comunicando su misma capacidad de amar. Bien, la advertencia de Mateo es terrible: vosotros, que por motivos históricos y religiosos, os consideráis un pueblo superior al resto, un pueblo amado, elegido por Dios, tened cuidado porque precisamente aquellas personas que vosotros excluís, aquéllas a las que no abris vuestras puertas, precisamente ellas ocuparán vuestros puestos en la mesa del banquete. Es

una advertencia a tomar muy seriamente, Jesús la repite en diversas ocasiones frente a personas pías, religiosas, como los fariseos. Hay que tener en cuenta que los fariseos declaraban que el reino de Dios se tardaba en venir debido a la existencia de dos grupos de personas, las prostitutas y los publicanos, los recaudadores de los impuestos. De no existir ambos grupos, el reino de Dios ya se habría hecho presente. Jesús les replica y les exhorta a abrir los ojos, porque tanto prostitutas como publicanos han entrado ya en el reino de Dios, mientras que los fariseos se han quedado fuera del mismo. Cuando Jesús afirma: "*os han precedido*", no pretende decir que esos dos grupos de personas han llegado antes que los fariseos, sino que han usurpado sus puestos. Las personas pías pensaban que el reino de Dios postergaba su implantación a causa de prostitutas y publicanos, clases impuras, que debían ser excluidas. Jesús no se queda atrás y hace suya la categoría de la exclusión: de hecho, precisamente los hijos del reino, o sea, aquellos que se sentían con el legítimo derecho de pertenecer al reino, serán expulsados a las tinieblas, donde habrá llanto y rechinar de dientes.

Esta última expresión, llanto y rechinar de dientes, significa en la Biblia la desesperación por el fracaso de la vida: pensaban tener los primeros lugares en el reino de Dios, pero cuando iban a entrar, han comprobado que sus sitios ya habían sido ocupados por esas mismas personas que ellos habían tenido alejadas cuidadosamente del recinto de su comunidad. El evangelista nos transmite este mensaje porque está convencido de que éste sea un criterio de fe válido para las comunidades de todos los tiempos. Toda comunidad, en toda época, tiene el riesgo de considerarse privilegiada de Dios, de pensar que posee derechos especiales y el riesgo de cerrar la puerta a muchas personas en nombre de Dios y de los propios egoísmos. Jesús nos advierte: tened cuidado, estad atentos, porque precisamente las personas a las que cerráis las puertas, pertenecen ya al reino de Dios y vosotros, en cambio, os quedáis fuera llorando, desesperados por el fracaso total de vuestra vida. Y siguiendo el pasaje, Jesús se dirige al centurión: "*¡Se cumpla conforme a lo que crees! Y en ese instante el siervo sanó*". Jesús no cura al siervo del centurión, la fe del centurión es la que obra ese efecto. La palabra del Señor, cuando es acogida por las personas, suscita en las mismas una potencia de vida tan grande que las hace capaces de transmitir vida a quien

no la tiene.

El material a estudiar sería enorme, pero hemos de reducirlo por motivos de tiempo. Pasemos ahora al capítulo 11, versículo 21: es el lamento que hace Jesús hacia las ciudades que lo han visto protagonista de su predicación y de sus gestos salvíficos. *"Ay de ti Corazin, ay de ti Betsaida"*. Es éste el lamento ("uai") que se hacía en la vigilia fúnebre. Jesús no maldice aquí a nadie, simplemente llora ante determinadas realidades de muerte. Cuando Jesús dice "ay" a los ricos no lo hace para amenazarles, llora por ellos porque están ya muertos, putrefactos, no tienen vida de por sí. En el pasaje, Jesús llora sobre estas ciudades, porque *"Si en Tiro y en Sidón (ciudades paganas del Líbano) se hubiesen realizado los prodigios que se han cumplido entre vosotros, se habrían convertido ya desde hace tiempo con las cenizas (habrían hecho penitencia envueltos en cilicio y cenizas) Pues bien, yo os lo digo, a Tiro y a Sidón les será más soportable el día del juicio que a vosotros. Y tú Cafarnaum (la ciudad en que habitaba Jesús, y que ha escuchado su enseñanza) ¿serás quizásalzada hasta el cielo? Hasta el reino de los muertos te precipitarás, porque si en Sodoma (la ciudad castigada por excelencia) hubieran acontecido los prodigios realizados en ti, aún hoy ella existiría"*. Estas advertencias de Jesús que el evangelista transmite, han de ser tomadas bien en serio, porque mientras Corazin y Betsaida son comparadas con Tiro y Sidón, ciudades castigadas pero perdonadas por Dios, y, por ello, ciudades que existen aún, Cafarnaum, en cambio, es comparada con Sodoma, una ciudad que había sido completamente aniquilada por Dios, según la tradición bíblica. El comportamiento de Cafarnaum es peor que el de Sodoma. Escribe Juan en su prólogo: *"Jesús vino entre los suyos, pero éstos no lo recibieron"*.

Terminemos esta parte con una pregunta: ¿cómo es posible que Jesús no haya sido reconocido y acogido por el pueblo que lo aguardaba, su pueblo, sino eliminado sin piedad? Si los evangelistas insisten tanto en este hecho es porque puede existir un peligro para la comunidad cristiana de todos los tiempos: el peligro de que en nombre de Dios no se sepan reconocer a los enviados de Dios. Jesús lo advierte claramente: estad atentos, porque vosotros acabáis con los profetas y después construís monumentos para ellos, pero en nombre del profeta asesinado seguís eliminando a los demás.

Existe el riesgo en la comunidad cristiana de no reconocer las manifestaciones de Dios, el riesgo de serle hostil, combatirlo en sus enviados; después, con el paso del tiempo, la iglesia llega a comprender, normalmente tarda varios siglos... cosa que no es nada si lo comparamos con los tiempos de Dios, pero... ; la iglesia se percata del error cometido, pide perdón y en nombre del profeta asesinado ,, , ipersigue al nuevo profeta que se presenta en ese momento! El profetismo, es decir, la voz de Dios, es siempre nuevo, nunca es repetición de cosas antiguas. La advertencia que hace Jesús supone una exhortación a abrir nuestra mentalidad y a renovarnos, pero, sobre todo, nos exhorta a ser profunda y evangélicamente sensibles para poder reconocer a los enviados de Dios, porque tales enviados no se presentan según nuestros esquemas, sino de una manera siempre nueva.

Mañana, en preparación a la eucaristía, trataremos el espléndido pasaje de la mujer samaritana. Ya hemos dicho que con Jesús cambia la relación con Dios. Dios no exige nada, con Jesús concluye el culto que rendir a Dios. Entonces, ¿qué es la eucaristía? ¿Un momento en el que la comunidad rinde culto a Dios? ¡Desde luego que no! Es, más bien, el momento en que Dios se pone al servicio de la comunidad para prestarle su fuerza, su energía, de modo que la comunidad, tras haber escuchado el mensaje, la palabra de Dios, tenga la capacidad de ponerlo en práctica. No se trata de rendir homenaje a Dios, es el momento en que la comunidad de los creyentes, decididos a vivir el amor recíproco, nos sentamos para dejar que Dios nos sirva. En el evangelio de Lucas tenemos una imagen muy hermosa de la eucaristía. Jesús dice: "Imaginaos un señor que vuelve a su casa a altas horas de la noche; encuentra a sus criados todavía en pie, y ¿qué hará con ellos? (la respuesta lógica sería decir que se haría servir por parte de ellos, pero en cambio, no es así), hará que se sienten y se pondrá Él a servirles". He aquí el núcleo de la eucaristía. **La eucaristía es el momento en que Jesús se hace presente y si encuentra a los hombres al servicio los unos de los otros, nos hace sentarnos y pasa a servirnos, es decir, comunica la fuerza y energía necesarias para poder seguir sirviendo.**

Cuarto encuentro

Me parece que estamos alcanzando el objetivo de este encuentro: las personas que creían encontrarse alejadas de la fe, lejos de la Iglesia, se han descubierto más cercanas de cuanto pensaban, mientras que tal vez las personas que estaban seguras de tener mucha fe y de estar al seguro dentro del recinto de la iglesia se han descubierto fuera de ella, allí donde hay "llanto y rechinar de dientes". Este es el efecto positivo del evangelio. Hoy concluiremos nuestro análisis de algunos personajes extranjeros que aparecen en el evangelio. Muchas cosas se quedan en el tintero por falta de tiempo, pero espero, al menos, que hayamos podido proporcionaros algunas claves de lectura para interpretar el evangelio.

Hoy comentaremos un pasaje importantísimo, el episodio de la mujer samaritana del capítulo 4 del evangelio de Juan. Ayer mencionamos la carga simbólica del término "samaritano" y el horror que provocaba a los judíos. Bien, hoy el horror va en aumento, porque se trata de una mujer samaritana, y este simple hecho bastaba para dejar patidifusos a los interlocutores de Jesús. Antes de abordar el pasaje, veamos quién era la mujer en la Biblia. La Biblia es considerada palabra de Dios, lo es, sin duda alguna, pero no hay que olvidar que fue escrita por varones, los cuales no dejaron de reflejar su propia impronta masculina en detrimento de las mujeres. Los autores bíblicos no se han puesto de acuerdo ni siquiera a propósito de la creación de la mujer. Ayer decíamos que la Biblia no es un libro caído del cielo, sino una serie de libros en los que un autor responde a otros autores, a veces dentro incluso del mismo libro. Respecto a la creación del hombre no hubo mayor dificultad, pero a propósito de la creación de la mujer las cosas se complican, porque en la sagrada escritura hay como dos tendencias bien claras: la primera gira en torno al Dios legislador, y es la tendencia de los escribas y sacerdotes. La segunda mentalidad, representada por el Dios creador, es defendida por los profetas. Bien, Jesús se alinea con los profetas, contraponiéndose a la visión del Dios legislador. Pues bien, ambas tendencias aparecen presentes en la creación de la mujer. De hecho, en la Biblia no hay acuerdo al respecto. Los primeros que describen la creación de la mujer son los profetas, que ofrecen de ella una imagen extraordinaria, ininteligible para la mentalidad patriarcal de la época. Se lee que "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, varón y hembra los

creó...", o sea, paridad perfecta en relación a Dios: ambos son creados con la misma dignidad y, naturalmente, los mismos derechos. Pero esto era demasiado duro de digerir para la mentalidad patriarcal que veía a la mujer como una clase por debajo de lo humano. Y por ello, los sacerdotes corrigen la definición de la creación de los profetas. Los legisladores reescriben el texto de la creación, contradiciendo al otro, ambos presentes en el libro del Génesis. No es cierto que Dios haya creado al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza; solo el hombre es un reflejo de su imagen y semejanza, la mujer procede de la costilla de un hombre, es parte suya. Por lo que no es cierto que tengan igual dignidad, sino que la mujer depende del hombre. Aquello que resulta desconcertante en la sagrada escritura es que Dios no dirige nunca su palabra a la mujer. Solo una vez lo hace, y se diría que las cosas fueron tal mal en aquella ocasión que se arrepintió y decidió no volverlo a hacer nunca más. Dios se había dirigido a Sara, la mujer de Abraham, pero ésta le responde con una mentira inocente. Dios le había dicho "tú y tu marido tendréis un hijo...", Sara se sonríe para sí, pues su marido era viejo y ella era estéril. Dios se percata de la sonrisa burlona y pregunta por qué se ríe. Ella niega haberse reído, y Dios se indigna de tal modo ante esta mentira que en toda la historia de Israel no vuelve a dirigir la palabra a una mujer... Y, en consecuencia, el testimonio de la mujer es considerado no creíble, no tiene valor legal en un juicio, y, sobre todo, la mujer es considerada causa de todos los males de la humanidad.

Uno de los libros más recientes del antiguo testamento llega a afirmar que la muerte entró en el mundo a causa de la mujer, del pecado de la mujer (el diablo tentó a la mujer), razón por la que era considerada una subespecie humana. Todo hebreo varón debe realizar una triple oración-bendición a lo largo de su jornada, y una de estas bendiciones es textualmente "te doy gracias por haberme creado varón", mientras que la pobre mujer dice "te doy gracias por haberme creado según tu voluntad". Es ésta la condición de la mujer en la Biblia, por lo que el hecho de que Jesús se dirija a una mujer - y además, samaritana - deja desconcertados a sus discípulos. Dice el talmud "Las samaritanas son ya impuras desde el momento del nacimiento », son, pues, personas repelentes con las que no se pueden mantener contactos. ¿Por qué, entonces, Jesús va precisamente a buscar a esta mujer? La

escritura, evidentemente, no cae del cielo, es fruto de la historia del pueblo que la escribe. Cuando redacta el capítulo 4 de su evangelio, Juan tiene en mente y se inspira en la historia y en la enseñanza de uno de los profetas más importantes del Antiguo Testamento, un profeta al que Jesús se remonta con frecuencia, el profeta que había dicho: “aprended, misericordia quiero y no sacrificios”. Se trata del profeta Oseas, un gran profeta que representa - por vez primera - la relación de Dios con su pueblo utilizando la imagen de la relación amorosa entre el esposo y la esposa. Dios es el esposo y el pueblo de Israel es la esposa, pero lo más sorprendente es que Oseas llega a esta comprensión- que supone una profunda innovación en la teología y en la espiritualidad - a partir de su propia historia familiar, que es enormemente trágica. La mujer de Oseas se llamaba Gomer y le había dado tres hijos, pero “era como una camella en celo”, siempre atraída por los hombres, tras de los cuales escapaba con frecuencia. Oseas estaba enamorado de ella, y cada vez que se desviaba, iba en su busca para recuperarla. Pero no había nada que hacer, siempre sucedía la misma historia: la mujer se marchaba de casa dejando atrás a Oseas y a sus hijos. Un día, a la enésima vez que su mujer se marchaba de improviso, Oseas pierde la paciencia y empieza a echarle en cara sus vaivenes. La pena prevista para las adúlteras no era otra que la lapidación. Oseas enumera entonces todas las fechorías de Gomer como mujer infiel y madre descarriada que, pese a tener tres hijos, seguía buscando la compañía de los hombres. Enumera todas sus culpas y, llegado al momento de la sentencia, dice: “por tanto... (y aquí uno se esperarí en buena lógica una sentencia severa: la pena de muerte por lapidación, que el profeta habría debido cumplir lanzando la primera piedra; pero el amor del profeta hacia su mujer es más fuerte que los crímenes y las traiciones de ésta, y decide hacerle una nueva propuesta de amor) ...vayamos a hacer otro viaje de luna de miel, te llevaré al desierto y allí estaremos nosotros dos solos”.

Oseas comprende finalmente por qué la mujer lo traiciona aún y sigue diciendo "allí ya no me llamarás dueño mío, sino marido mío". En hebreo, el término marido significa dueño, porque para esa cultura, el hombre es el dueño de la mujer. Oseas se percata de que la mujer escapaba buscando amor y afecto, ese amor y afecto que un dueño no puede dar. Oseas se da

cuenta de que mientras que en la religión el arrepentimiento era la condición para obtener el perdón de las propias culpas, el perdón hecho con amor, contrariamente, debe preceder a la conversión. En su peculiar condición familiar, Oseas concede el perdón sin ninguna garantía. No es seguro que la mujer no vuelva a hacer de las suyas, y, a pesar de todo, concede el perdón gratuito. Es ésta una revolución en la espiritualidad religiosa, la revolución que Jesús tiene en mente y a la que se refiere en este episodio, y que Pablo formulará después con la expresión: *"La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando éramos aún pecadores"*. El arrepentimiento y la conversión son las condiciones que la religión pone al hombre pecador para concederle el perdón. **Pues bien, a través del profeta Oseas, Dios hace comprender que no es verdad. Dios en primer lugar perdona sin ninguna condición y sin ninguna motivación. Posteriormente, y como fruto de este perdón incondicionado que no humilla a las personas, podrá existir también la conversión.** Es la gran transición desde la religión a la fe. En la religión, al hombre pecador se le pone como condición el arrepentimiento y la conversión, si quiere obtener el perdón de las culpas. En la fe, el Padre nunca perdona porque jamás se siente ofendido. No hay cosa más inútil que pedir perdón a Dios por las propias culpas. **Jesús en los evangelios nunca invita a los pecadores a pedir perdón a Dios. Invita incesantemente a perdonar las culpas de los demás.** Es inútil pedir perdón a Dios, porque Dios ya nos ha perdonado, o, mejor dicho, Dios nunca nos perdona porque no se siente ofendido. Dios no se ofende. **El pecado, afirma el concilio Vaticano II, no es una ofensa dirigida a Dios, sino un límite que el mismo hombre coloca a su crecimiento;** hemos sido invitados a realizar un proceso de crecimiento sin fin; pues bien, el pecado que cometemos no es más que un freno a este crecimiento. Dios no se ofende, Dios es amor e incesantemente comunica su amor al hombre. Es por ello que Jesús no invita a pedir perdón a Dios, insiste en la importancia de perdonar a los demás. **El perdón que Dios concede gratuitamente, se hace eficaz y operativo en el hombre cuando se traduce en una carga similar de amor en relación al otro.** Si soy perdonado por Dios, pero no perdono la culpa del hermano, este perdón que Dios me da permanece estéril e ineficaz. Es ésta la gran novedad propuesta por el profeta Oseas, el primero que identificó la relación entre Dios y su pueblo como un encuentro conyugal.

A partir de su experiencia personal, Oseas comprende que primero es necesario conceder el perdón y después, posiblemente, se podrán contemplar las señales de la conversión.

Comencemos, entonces, a afrontar algunas partes de este importante pasaje, el episodio del encuentro de Jesús con la mujer samaritana (capítulo 4 del evangelio de Juan). Ya el inicio mismo del pasaje nos permite vislumbrar que existe algo extraño en este episodio. Escribe el evangelista: "*Jesús debía pasar por Samaria*", él se encontraba en el norte, en Galilea, y debía encaminarse hacia el sur, hacia la región de Judea, pero no es cierto que tuviera que pasar necesariamente a través de la región de Samaria. De hecho, normalmente los viandantes y los peregrinos evitaban entrar en Samaria y pasaban bordeando ese terreno, por el valle del Jordán, porque existía una gran hostilidad entre estas regiones y no eran raras las masacres recíprocas. Había una lucha tremenda, ambos se asesinaban en nombre de Dios, pensando cada uno tener razón. Evitaban, pues, pasar por Samaria, así que el recorrido de que habla el evangelista no debía formar parte de un itinerario geográfico, sino más bien de un "itinerario de amor" cumplido por Jesús siguiendo su propósito de reconquistar a la esposa adúltera.

La clave de interpretación de este episodio la encontramos en el término "mujer", con el que Jesús se dirige a la samaritana. Hay tres personajes femeninos en el evangelio de Juan a los que Jesús llama "mujer". "Mujer" significa "esposa, mujer casada". El primer personaje es María en las bodas de Caná. Un hijo nunca se dirigía a su madre llamándola « mujer casada ». ¿Por qué lo hace Jesús? Porque la madre de Jesús representa a la esposa fiel de Israel, la esposa de Dios, que nunca ha traicionado a su Señor, que siempre ha sido fiel y que está apenada por la situación de su pueblo. Y por esto, exclama: "*ya no les queda vino*". En el matrimonio hebreo, aún en nuestros días, el momento culminante es cuando el esposo y la esposa beben ambos de un vaso lleno de vino, porque el vino es el símbolo del amor entre los esposos. De hecho, la madre de Jesús no dice: "no **nos** queda ya vino", porque ella sí tiene vino, pues representa al Israel que siempre ha permanecido fiel a Dios. Ella está preocupada por la situación de infidelidad de parte de Israel y de otros pueblos hacia Dios y por eso habla en tercera

persona: no tienen vino, es decir, con otras palabras: en este matrimonio se ha acabado el amor. Jesús se dirige a ella llamándola mujer, y la representa así como la esposa fiel, que siempre ha estado junto a su Dios. Tenemos, después, a la mujer samaritana del pasaje que estamos comentando, una esposa que es adúltera, que ha traicionado repetidamente a su esposo, y que Dios reconquista por medio de su amor. Por último, María de Magdala, el tercer personaje femenino al que Jesús se dirige llamándola "mujer", y que representa la esposa de la nueva comunidad. Con el término "mujer" tenemos, pues, representados a la esposa fiel, a la esposa adúltera y a la esposa de la nueva comunidad.

Sigamos adelante. El evangelista escribe "*Jesús, fatigado por el viaje, se sentó junto al pozo. Era mediodía, y llegó una mujer de Samaria*". Si Jesús hubiera sido una persona pía, tendría que haber salido corriendo despavorido porque se le acercaba una mujer, de las que se puede siempre sospechar que estén en condición de impureza. Debido al ciclo de la menstruación, debido al parto, etc, la mujer estaba casi siempre en estado de impureza. Cada vez que tenía la regla, quedaba impura por una semana y después tenía que hacer las purificaciones respectivas, al término de las cuales podía tener de nuevo relaciones conyugales con el marido, pero estas mismas relaciones la colocaban de nuevo en situación de impureza. Jesús tenía delante de sí no solo a una mujer, sino a una samaritana, que era el ser más detestable y repugnante a los ojos de un judío. Bien, Jesús se dirige a la mujer y le pide que le dé de beber. Hemos dicho antes que los judíos despreciaban a las mujeres de Samaria, pero Jesús, que no conoce barreras raciales ni diferencias entre naciones, paganos y extranjeros, no se dirige a ella desde la altura de su superioridad de hombre judío, sino desde abajo, como un hombre necesitado que solicita un favor: dame de beber. Es ésta la acción típica de Jesús cuando se acerca a las personas. Nunca se dirige a nadie desde la altura de su condición divina, se sitúa por debajo de todos. En el capítulo 13 del evangelio de Juan encontraremos una ejemplificación precisa con el episodio del lavatorio de los pies: el servicio de Jesús comienza a partir de la parte más sucia e impura del hombre, como eran los pies en aquella sociedad. Sigamos con el pasaje. La mujer muestra su carácter polémico, y dice: "*¿Cómo es posible que ti, siendo judío, me pidas de beber a mí, que soy*

mujer y samaritana?". De hecho, había sucedido algo inconcebible, se habían invertido las posiciones. El evangelista se ve en el deber de explicar el trasfondo, para que todos comprendan, y escribe *"de hecho, los judíos no mantienen buenas relaciones con los samaritanos"*, es ésta una expresión bastante diplomática, que - en realidad - quiere decir que eran enemigos irreconciliables y ejercían una tremenda violencia recíproca. Jesús no entra en el juego de la provocación y responde: *"si conocieras el don de Dios"*; es el esposo que quiere conquistar a la esposa, adúltera, y no le reprocha sus fechorías, sino que le ofrece un regalo. En esto estriba la importancia del pasaje, porque la acción con la que Jesús se dirige a las personas que lo han traicionado, o sea, a los pecadores, no es una exigencia de arrepentimiento a través del acto de dolor, sino el ofrecimiento de un regalo. Jesús no reprocha el error, el pecado o la traición, ni demanda penitencia. Dice solo: "mira cuánto te amo, tal vez no habías comprendido la grandeza de mi amor".

Igual que Oseas, había comprendido que su mujer huía de él porque él era su dueño, cuando ella buscaba amor, entonces Jesús dice: "ven, te quiero mostrar esta nueva relación en la que ya no me llamarás dueño, sino marido". **Cuando Jesús se acerca al hombre pecador, no lo hace nunca para reprocharle algo ni para pedirle cuentas de sus fechorías, sino para ofrecerle un regalo mayor que todo cuanto hubiera conocido hasta ahora.** En la parábola del hijo pródigo, el hijo regresa a casa por su propio interés, porque tiene hambre. ¿Qué hace, entonces, el Padre? No le echa nada en cara, no lo amenaza, no le pone ninguna condición, le dice solo cuánto lo quiere, y organiza una fiesta para darle la bienvenida. Entonces Jesús, a esta mujer samaritana, adúltera, traidora, le dice: *"si reconocieras el don de Dios - he venido hasta ti para hacerte un regalo - y quién es el que te dice "dame de beber", le pedirías a él y él te daría agua viva"*. Hay aquí una expresión un tanto misteriosa; tenemos un pozo, y Jesús dice "si aceptas mi regalo, te daré un agua que brota de tu interior, no el agua del pozo". La mujer, que es concreta, realista, replica: *"Señor, no tienes ni siquiera un cubo y el pozo es bien profundo, ¿de dónde sacarás esa agua viva? ¿Acaso eres más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y bebió de él con sus hijos y sus animales?"*. Jesús le ha hecho una nueva propuesta de amor, un nuevo ofrecimiento porque Dios no distingue entre heréticos y ortodoxos,

entre justos y pecadores, antes bien, a todos comunica su amor de forma incesante. La mujer conoce solo el don de Jacob, el pozo (sacar el agua del pozo es una metáfora que indica abastecerse con el propio esfuerzo), y no reconoce ni imagina un don gratuito de parte de Dios. Recordad la diferencia entre fe y religión; en la religión lo que cuenta es el esfuerzo del hombre, en la fe, el centro lo ocupa el don gratuito que Dios concede. El amor de Dios no hay que merecérselo a base de esfuerzos, se trata solo de acogerlo como don gratuito de su amor. Y Jesús responde: "*Quien bebe de esta agua tendrá sed de nuevo*", es decir, quien busca obtener el amor de Dios a través del esfuerzo humano se encontrará siempre ante la tesitura de tener que recomenzar. Jesús sigue adelante: "*quien bebe el agua que yo daré no tendrá sed jamás*". Hay un agua que sacia a la persona de manera definitiva y Jesús prosigue su discurso afirmando : "*Es más, el agua que yo daré se convertirá en una fuente de agua que brota para la vida eterna*". **He aquí de nuevo la fe y la religión contrapuestas. Quien pretende obtener la propia plenitud de vida, la propia santidad, a través de sus esfuerzos, se encuentra siempre en el inicio del camino, pues nunca llega a alcanzar ese objetivo ; en cambio, quien acoge el don gratuito de amor de parte de Dios, asegura Jesús, siente que dentro de sí comienza a brotar (se trata, naturalmente, de una imagen metafórica) una fuente de agua que aumenta gradualmente.**

Así pues, a la mujer que tiene que ir todos los días al pozo para sacar el agua con su propio esfuerzo, Jesús le dice : « mira, si quieres, te puedo hacer un regalo, te puedo dar una fuente que brotará dentro de tí siempre y de forma creciente para la vida eterna ». Es necesario, entonces, hacer una opción. Este don, que Jesús representa usando el agua, no es otro que el don del Espíritu. Ya lo hemos mencionado antes : Dios no gobierna a los suyos a base de leyes que ellos deban observar ; Dios gobierna a los hombres comunicándoles su Espíritu, con su misma capacidad de amor. **Bien, esta es la gran diferencia: nosotros no tenemos que obedecer a las normas, sino hacernos semejantes al Padre.** ¿Qué significa este surtidor de agua que brota para la vida eterna? Es el don del amor gratuito e incondicionado que Dios hace a los hombres. Una vez que acogemos este don y lo traducimos en una medida de amor similar para los demás, la fuente de agua

brota aun con más potencia. **En la medida en que traduzcamos el amor que recibimos de Dios en amor que, de forma libre y voluntaria, se hace servicio para los demás, en esa medida precisamente esta fuente de agua brotará en nuestro interior de un modo paulatino y continuo.** Es la misma idea que otros evangelistas expresan con imágenes diferentes; de hecho, el mensaje de los evangelios es idéntico, aun cuando las formas para expresarlo sean diferentes. Recordad cuándo Jesús, en el evangelio de Marcos, dice: *"porque la medida con la que medís será usada también hacia vosotros"*, pero con un añadido de regalo. Entonces, lo que está diciendo Jesús es que se nos dará la misma medida con la que nosotros medimos. Por tanto, el amor que damos a los demás, el Padre nos lo devuelve sin tardar, pero, dado que Dios no se deja vencer en generosidad en este gradual incremento de amor y de generosidad, se nos dará un añadido. Es decir, si yo doy 50 al otro, en seguida me es devuelto ese 50, pero con el añadido de otros 25, y de ese modo, poseo 75; si doy al otro este 75, no se me devuelve el 75, sino el 100, en definitiva, el amor es la norma del crecimiento del individuo. **Aquel individuo que, sintiéndose amado gratuitamente por el Padre, traduce dicho amor en una cantidad igual de donación hacia los demás, comienza ese proceso de crecimiento que no conocerá jamás el fin.** En el evangelio de Juan, Jesús ha dicho "porque el Padre dona el Espíritu sin medida", la medida la ponemos nosotros. Somos nosotros quienes decidimos el límite de la acción divina en nuestra existencia. Todo ese espacio que está ocupado por el propio interés, el egoísmo, el rencor, etc, no puede resultar fecundo y, por consiguiente, se convierte en una zona muerta. Pero si, gradualmente, nos dejamos invadir por dicho amor, nos hacemos capaces de amar más a los demás y de descubrir dentro de nosotros energías desconocidas. Esta experiencia la podemos tener todos.

Por ejemplo, cuando tenemos a una persona querida que se encuentra mal, ¿no os ha sucedido nunca haber descubierto dentro de vosotros la existencia de una energía, una capacidad de resistencia que desconocíais poseer? Esa situación de emergencia, esa ocasión de practicar el amor, ha producido una resistencia, una fuerza, una capacidad de amar de la que antes no se tenía constancia, porque es precisamente en el momento que se

ama cuando se desarrolla el hombre. **La línea del desarrollo del individuo, conforme a Jesús, es el amor que se entrega. No existen otras.** Por tanto, en la medida que damos a los demás, crecemos de modo ilimitado. El reto que Jesús nos propone es el de sentirnos responsables de la felicidad de los otros, con lo que haremos posible que Dios se haga responsable de nuestra propia felicidad. Es un cambio maravilloso. Esta imagen del agua que mana de la fuente es el don gratuito que Jesús nos hace del Espíritu, y este don - si lo transformamos en amor - queda potenciado infinitamente y el hombre empieza un proceso de crecimiento que ni siquiera la muerte podrá bloquear, porque superará el momento de la muerte y continuará para siempre. Frente a este regalo, la mujer dice: "*Dame de este agua para que no tenga nunca más sed y no tenga que venir a sacarla al pozo* ». En este momento, Jesús nos deja un tanto desconcertados, porque cambia de repente su argumento y dice: "*ve a llamar a tu marido y vuelve aquí*". ¿Qué tiene que ver aquí el marido? De hecho, la mujer le responde: "*no tengo marido*". Parecería que Jesús estuviera asumiendo el papel del moralista, pues continúa diciendo: "*Has dicho bien, no tienes marido. En efecto, has tenido cinco y el que tienes ahora no es tu marido. Sobre esto has dicho la verdad*". Es ésta la única vez en los evangelios que Jesús se presenta como moralista y se pone a reprochar a alguien su conducta moral. En ningún otro momento lo hace. Recordad cómo se comporta con la pecadora, con la adúltera, etc. Hay que preguntarse, pues, por qué motiva le echa en cara a esta mujer su pasado un tanto fogoso, vivaz. Os recuerdo una vez más que los evangelistas no pretenden transmitir crónicas históricas referentes a episodios de hace dos mil años. Eso tendría poco valor para nosotros. Se proponen, en cambio, transmitir verdades profundas, enseñanzas que tienen que ver con la comunidad de los creyentes de todos los tiempos. Este número cinco es importante. ¿Por qué Jesús reprocha a la mujer que haya tenido cinco maridos, seis en total contando al que tiene ahora? Recordemos que los samaritanos habían nacido como pueblo cuando Siria invadió esta región y deportó a gran parte de sus habitantes, para sustituirlos luego con colonos procedentes de otras áreas territoriales. Cada uno de estos grupos de colonos trajo consigo su propia divinidad, por lo que entraron cinco pueblos y cinco divinidades distintas. Entonces, en las cinco colinas de Samaria, construyeron cinco templos dedicados a cada divinidad, más el templo al Dios de Israel,

Yahvé, que estaba ubicado en el monte Garizim. He aquí lo que reprocha Jesús: la idolatría! En la Biblia, cuando se habla de adulterio no se hace referencia a la infidelidad del marido hacia la mujer o viceversa, la imagen del adulterio simboliza la idolatría. Si Dios es el esposo y el pueblo es la esposa, entonces adorar a otras divinidades significa caer en la idolatría.

Entonces, a la mujer que se ha declarado dispuesta a recibir el don de Dios, Jesús le está diciendo que existe un escollo del que debe liberarse: no puede recibir plenamente el don de Dios mientras siga conviviendo con los ídolos, puesto que los ídolos producen muerte, al contrario del Dios de Jesús que produce solo vida. El Dios de la vida es incompatible con los dioses de la muerte. ¿Por qué los ídolos producen muerte? Porque privan de algo al hombre, le substraen determinados elementos. Pretenden y exigen que el hombre se desprenda de algo para sacrificarlo a ellos, y ellos, siendo falsos, demandan incluso el sacrificio humano. No nos referimos aquí a la muerte de personas ofrecidas en sacrificio. Los ídolos, igual que los fariseos, se van clonando genéticamente. Cambia su apariencia, pero siguen siendo lo mismo. ¿Quiénes pueden ser en nuestros días los ídolos que impiden la plenitud de la vida? Según la Biblia, por ídolo se entiende todo aquello que atenaza al hombre y lo absorbe hasta el extremo de exigir el sacrificio de su vida, todo aquello que pretende un tributo de vida o anula la existencia del individuo. Más allá de disquisiciones moralistas, todos somos conscientes de que entre nosotros también existen numerosos ídolos. Está, por ejemplo, la diosa discoteca, casada con el dios velocidad, que cada semana claman la vida de un buen puñado de jóvenes entre los veinte y treinta años de edad. Antaño sacrificaban los jóvenes y niños a la divinidad, hoy sigue siendo igual. Por esto, es importante la afirmación del Dios verdadero, que comunica siempre vida, para eliminar a los falsos ídolos, los cuales, naturalmente, no se presentan nunca como ídolos maléficos, sino que lo hacen de una manera atrayente, fascinante. Uno de los ídolos actuales que anonada y sacrifica la vida del individuo es el ídolo del trabajo. Hay mucha gente que vive para trabajar, para acumular y ganar dinero, pero destruye la propia existencia y la existencia de las personas que la rodean. Estos son solo algunos ejemplos que clarifican la idea de los cinco maridos que tal vez también nosotros arrastramos en la vida, esos ídolos que nos impiden tener dentro la fuente de

agua cristalina que mana para la vida eterna. Así pues, Jesús no se dedica a reprocharle a la mujer su pasado un tanto vivaz y exuberante. Está, en realidad, echando en cara a Samaria el pecado de la idolatría en que ha incurrido. No es posible recibir esta agua mientras la existencia esté ocupada por estas cinco divinidades. La mujer comprende, capta al vuelo la enseñanza de Jesús y dice: "*Señor, veo que eres un profeta, nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde hay que adorar*". La samaritana cree que la relación con Dios sea favorecida por el culto, y se muestra dispuesta a encontrar al Dios verdadero, por lo que pregunta dónde hallarlo, en qué lugar ofrecer el culto auténtico.

Pues bien, estas palabras solemnes de Jesús son importantes y válidas para siempre. Él anuncia: "*Créeme mujer (o sea, madre - esposa) ha llegado la hora en que no se dará culto al Padre (no habla de Dios, sino del Padre) ni en este monte ni en Jerusalén*". **Con estas palabras, Jesús proclama el final de los santuarios y de las peregrinaciones, ya no hay necesidad de ir a un lugar determinado para recibir una gracia especial, para tener una experiencia de Dios particular.** Ya no hay necesidad de ir al monte Garizim, ni a Jerusalén. Ha acabado esa época. Jesús no está hablando de Dios, que tiene necesidad de templo y de culto. Él está hablando del Padre, y el Padre tiene necesidad de hijos que se asemejen a Él en el amor. Continúa Jesús: "*se acerca la hora y es ésta en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*". La expresión griega "espíritu y verdad", traduce la expresión hebrea que significa "amor fiel". Esta es la característica de Dios, Dios es aquél que es fiel en su amor; su pueblo podría ser infiel, pero Dios es fiel. Jesús, entonces, está diciendo que los verdaderos adoradores adorarán al Padre con un amor fiel y el Padre desea, busca, que sean así los que lo adoran. Continúa Jesús: "*Dios es Espíritu y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad*". **Dios es amor y quienes desean adorarlo han de hacerlo con un amor fiel dirigido no a Dios, sino a los hombres.** Lo único que anhela el Padre es la prolongación de ese "dinamismo de amor", que Él mismo es y que Él comunica al hombre. A la mujer que deseaba saber dónde dirigirse para ofrecer culto a Dios - ir al santuario equivale a ofrecer algo a Dios - Jesús le responde diciendo que es Dios quien se ofrece a ella. He aquí de nuevo el

paso de la religión a la fe.

En la religión, el hombre ofrece sus dones a Dios, en la fe es Dios quien se ofrece al hombre, donándole su misma capacidad de amar. La experiencia del amor, que constituye el único culto que Dios espera de nosotros, no se dirige hacia Él, consiste en acoger este amor fiel y transmitirlo a otros. Prolongar esta experiencia de amor produce en cada hombre la capacidad de amar generosamente tal como se siente amado, y surge de ese modo un proceso de semejanza gradual con el Padre. En la medida que somos capaces de amar, precisamente en esa medida nos parecemos a Dios. Como hemos mencionado, siendo el amor la línea de desarrollo del hombre, este crecimiento en el amor realiza en cada ser humano el proyecto del Creador. El proyecto de Dios es que el hombre alcance su misma condición divina: llegar a ser Hijo de Dios. El culto antiguo exigía del hombre la renuncia a los bienes externos; el Dios de la religión, efectivamente, reclama: “consagra para mí a tu hijo primogénito, dame el diezmo de todos tus campos, debes consagrar para mí determinados días especiales, has de guardar el reposo, etc”. Es, pues, un Dios que de algún modo subtrae algo al hombre, un Dios que disminuye las posesiones y el ser del hombre. El nuevo culto, por el contrario, no humilla al hombre, no lo disminuye, sino que lo potencia. **El hombre ya no tiene que desprenderse del pan para ofrecerlo a Dios, es Dios quien se hace pan para ofrecerse al hombre.** El hombre no ha de verse las caras ya con un dios que exige el óbolo de la viuda. Ahora pasa a encontrarse cara a cara con el Dios que destruye ese templo que le exigía el óbolo a la viuda.

Uno de los episodios que son menos comprendidos en los evangelios, e incluso tergiversado de manera aberrante, es el episodio del óbolo de la viuda, lo recordaréis. Jesús, en el templo, ve a una viuda que ofrece todo aquello que le queda para vivir y parece que Jesús haga un elogio de la fe y de la generosidad de esa mujer. Así se interpreta habitualmente. ¡Pero nada de eso! Jesús está en abierto conflicto con el templo y desea que el mismo deje de existir. En la Biblia está escrito que los ingresos y beneficios económicos obtenidos en el templo habían de ser usados para atender y sostener a las viudas, pero aquí ha sucedido exactamente lo contrario,

paradójicamente: es la viuda la que alimenta el templo con lo que le queda para vivir! Jesús se rebela ante esta aberración intolerante. Él enseña al pueblo un Dios que se dona, mientras los escribas presentan un Dios que quita y subtrae todo, hasta el punto de que una pobre viuda se desprende de cuanto posee para ofrecerlo a la institución, la misma que, en realidad, debía mantenerla a ella. El mundo al revés. En un símil podríamos decir que la mujer se saca la sangre para dársela a las sanguijuelas, ante lo que Jesús exclama: "este templo no debe existir más". Dios no pide nada al hombre, Dios no le quita nada, solo comunica y ofrece su poder.

Continuando con el análisis del pasaje, vemos que la mujer, profundamente asombrada ante este don, exclama "*Sé que tiene que venir el Mesías*" y Jesús cumple entonces una acción inaudita. Hemos dicho que las mujeres no eran dignas de crédito en los procesos judiciales ni servían como testigos, pero Jesús, por vez primera, se revela a ella como manifestación de Dios y como Mesías. La mujer va a la ciudad y dice: "*Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho* (no dice un judío, sino que lo define un hombre)". Llegan entonces los samaritanos, la escuchan, se entusiasman y ¿qué le dicen a esta mujer? Dicen algo sorprendente: "*Ahora no creemos ya por lo que nos has dicho, sino porque hemos experimentado que éste es el Salvador del mundo*". Aquello que los ortodoxos y los judíos no han comprendido – pensaban, de hecho, que el Mesías debía salvar solo a Israel – lo comprenden, en cambio, los herejes. Fijaos de nuevo, y concluimos con la tesis del inicio, cuanto más lejos se está de la religión, más fácil resulta comprender las manifestaciones de Dios. Los herejes y los despreciados samaritanos entienden aquello que los sumos sacerdotes no han sabido captar, aquello que ni siquiera los discípulos han vislumbrado: Jesús no es el rey de Israel, sino el Salvador del mundo, el don de agua viva que es ofrecido a toda la humanidad. .

Pero entonces, nos podríamos preguntar, ¿por qué los cristianos celebramos la Misa? ¿Celebrar la Misa es un culto que hemos de rendir a Dios? ¡No! La Eucaristía es la acogida de este agua divina que nos hace capaces de prolongar el dinamismo de amor del que Dios nos reviste. Así pues, para quien quiera participar en la eucaristía, a la que todos estamos

invitados, excepto un grupo indigno de personas que ahora diré, quede claro que no se trata de ningún tipo de culto, se trata de dejarse inundar de un amor que borra nuestras culpas. De este modo, quedamos habilitados para llevar dicho amor a los demás. Todos pueden tomar parte en la eucaristía plenamente (quiero decir, en todas sus partes, incluida la comunión). Hay solo un cierto grupo de gente que no podrá participar, pues no es digna de ello. De ellos nos hablan los evangelios: cuando Jesús se encuentra almorzando con los pecadores - y la eucaristía es la comida de los pecadores - se percata de la presencia de los fariseos y les invita a alejarse, a dejar de incordiar para aprender primero que quiere decir "misericordia quiero y no sacrificios". Así pues, las únicas personas indignas, las personas que no pueden participar en el don de amor del Señor son aquéllos que se consideran superiores a los otros, y, sobre todo, las personas que no quieren transmitir el perdón de Dios. Estas son las únicas personas que no pueden participar, porque la Eucaristía no es el premio para los virtuosos, sino la vida para los pecadores.